

Mauricio Lebedinsky
**Los caminos
de la creatividad (II)**
Leer, investigar, escribir



Maquiavelo, Norberto Bobbio
Aníbal Ponce, Hegel
Juan Carlos Mariátegui, Stendhal,
Alexis de Tocqueville

**LOS CAMINOS DE
LA CREATIVIDAD 2**
Leer, investigar, escribir

Mauricio Lebedinsky
**LOS CAMINOS DE
LA CREATIVIDAD 2**
Leer, investigar, escribir



Buenos Aires, 2003

Mauricio Lebedinsky
LOS CAMINOS DE
LA CREATIVIDAD 2
Leer, investigar, escribir

Tesis 11 Grupo Editor – 2003
Páginas: 72-23x 16 cm.
I.S.B.N. N° 987-9207-13-0

Diseño gráfico de interior y tapa
Ricardo Souza

Asociación Civil "**TESIS í f GRUPO EDITOR**"
Viamonte 1716 – 3º piso – Of. 1 ó
Buenos Aires – C.P. 1055
e-mail tesis 11 @yahoo.com

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina
Buenos Aires, 2003

Agradecimientos

A Adriana, mi esposa, por la relectura
y sus adecuadas observaciones.

A Mary y Norberto Vilar
por su ayuda en la primera lectura.
Por la orientación y las consultas.

A Benito Jablonka por llevar adelante este libro.
A través de él a la editorial Tesis 11.

. A Marcela Ledesma por la corrección del original.

A modo de prólogo

El año pasado se editó mi libro *Los Caminos de la creatividad* cuyo subtítulo es: *Leer, investigar, escribir*. Tuvo lectores interesados en la temática y en su tratamiento. Me proponía avanzar en la metodología del pensamiento y del estudio de autores que he recorrido con detenimiento. Respondía a una vocación de abarcar aspectos de la metodología que despliegan los distintos autores.

El libro actual cumple con la promesa de avanzar en ese proyecto. Daré algunos elementos de los pasos seguidos en este trabajo. Tengo en la mente opiniones sobre los autores que abarco. Comienzo por recordar el autor y sus obras, sin papeles previos, y en una escritura a mano veloz, sin pretensiones. Luego, paso lo escrito a mano a la computadora donde, además de convertirse en legible, se beneficia de agregados, de pensamientos que aparecen al correr de la escritura. Cuando la memoria ha agotado lo que recuerda, comienza la relectura y toma de apuntes. Se agrega, en algunos casos, bibliografía nueva. Este es un trabajo útil porque la relectura se realiza en otra época, con una experiencia mayor, con puntos de reparo que nos ha dado la vida. También con algo más de ojo crítico.

A los 20 años, quise escribir una biografía de Aníbal Ponce. El deslumbramiento por su obra ha sido uno de los momentos más entusiasmados de mi vida intelectual de entonces. Pero, al ver lo que había escrito, me di cuenta de que estaba hipnotizado por el autor, que transcribía frases con más frecuencia de lo necesario, que era incapaz de analizar desde un punto de vista crítico, por el respeto sacramental o por la falta de otros puntos de vista para establecer una comparación. Abandoné el intento esperando, con paciencia, la maduración que siempre tarda en llegar. No compartía aquello de escribir por escribir. O por decir que también yo puedo ocupar las hojas en blanco con pluma de ganso.

A José Carlos Mariátegui lo descubrí más adelante. No estaban sus obras en circulación en las librerías. Pero sí en la Biblioteca Nacional. El impacto fue aun más serio. Como en Ponce, me atrajo en Mariátegui la belleza del estilo. Con sólo examinar sus cartas europeas, especialmente desde Italia, o la explicación de la Primera Guerra Mundial, se tenía la sensación de estar ante una personalidad excepcional. No entendí por aquellos años las polémicas alrededor de su nombre, de su ideología. Pero casualmente conocí a un estudiante de medicina que hacía una estadía en Buenos Aires. Se trataba de un hijo de Mariátegui, Javier que estuvo aquí un año. Desarrollamos una buena amistad, estábamos en el mismo hospital, y buena parte de las charlas giraban

alrededor de su padre. Javier y su hermano editaron la obra completa de su padre.

En los textos de Mariátegui se mezclan la razón y el mito. Aún no comprendía ese aspecto que ahora trato en el capítulo que le dedico al "Aguilucho Amauta". Creo que cumplo una especie de deber histórico de mi propia formación al publicar notas sobre Ponce y Mariátegui, porque representaron para alguien que venía del interior, el primer contacto con el marxismo, y han sido maestros de mi formación que se agregaron a Stephan Zweig, Honorato de Balzac, y tantos otros autores que se entrecruzaron con las lecturas históricas de los prohombres de la Argentina, en cuyo centro estaban Domingo Sarmiento, José Ingenieros, Juan B. Justo y otros. Si bien Stendhal fue posterior a Balzac en mi formación literaria, poco a poco su personalidad y su obra me fueron invadiendo.

La poesía me llevó a Rubén Darío, Pablo Neruda, y al uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, autor de *Tabaré*, el poema nacional de Uruguay.

A partir de aquel magma inicial que dejó sus impresiones en los primeros años de mi formación, emprendí un estudio sobre los clásicos del marxismo. No sólo sobre los fundadores, sino los que vinieron después.

Volviendo al presente libro diré que tuve curiosidad por Nicolás Maquiavelo, como figura muy controvertida. El florentino había separado por primera vez la ética de la política, como disciplinas que, según él, no se podían asociar. Por ello se refiere a la realidad y no a los deseos. Más adelante, leyendo a Thomas Hobbes o las reflexiones de Johann Wolfgang von Goethe me di cuenta de la importancia de organizar los Estados, porque la gente estaba tan desesperada que algunos opinaban que no valía la pena vivir en una inseguridad tan absoluta. Me animo a abordar al personaje, con la buena ayuda de Antonio Gramsci y de otros tratadistas contemporáneos.

Norberto Bobbio fue un descubrimiento de mi vida adulta y política. El llevó adelante una polémica admirable, de 15 años, con la izquierda italiana, alrededor del problema de la democracia. La obra posterior de este hombre de izquierda independiente me dio el conocimiento de la filosofía política contemporánea no marxista. Guillermo Federico Hegel fue una figura muy difícil para mí por la propia complejidad del texto y la insuficiente formación filosófica con la que lo abordé; lo dejé en varias ocasiones. En los ambientes de izquierda se decía que ningún intelectual podía ignorarlo, pero pocos lo estudiaban, salvo los especialistas. Después de tomar los libros y dejarlos, me di a la tarea de abordarlo por temas. Un ejemplo lo doy en *Hegel y el dogmatismo*. Como no podía abarcarlo todo con una noción general, lo encontré en recodos que me interesaban. Seguí el consejo de Michel de Montaigne de que si resulta difícil entrar al max, por nuestros problemas, convenía contornearlo por sus orillas y observar mejor algunos atardeceres.

Podría contar otros episodios de Alexis de Tocqueville y demás autores que menciono en el presente texto. Y aquí me detengo. Es mejor leer el libro que el prólogo.

Quizás lo que sigue mostrando la serie de autores, en el libro anterior y en éste, es que los caminos del método son diversos y que uno puede aprender de todos. Además quisiera agregar otro concepto. Antonio Gramsci sostenía la idea de la traductibilidad de los distintos lenguajes en economía, política, filosofía y otras disciplinas. Muchas veces se llega a un conocimiento a través del arte en sentido amplio o por algunas ramas de la ciencia. Por ello he tratado, al menos, de mezclar las ciencias sociales con la literatura. Por supuesto que el análisis de la traductibilidad de los lenguajes no es el objeto de este trabajo, pero se nota en la diversidad de temas. Todos están interconectados y de todos aprendemos.

10 - Los caminos de la creatividad 2

Leer y escribir

Para continuar con las reflexiones acerca de la lectura y la escritura voy a tomar la opinión de varios escritores actuales como Stephen King, Susan Sontag, Harold Bloom y otros.

En su Libro *Mientras escribo* (Plaza & Janes Editores, Barcelona, 2001) Stephen King desarrolla algunos aspectos del tema que nos preocupa.

Nacido en Estados Unidos en 1947, trabajó como profesor de literatura inglesa y se convirtió en uno de los escritores más conocidos en su país y en el mundo.

Considera que no hay ningún depósito de ideas, central de relatos, o isla de los *bestsellers* enterrados como un tesoro que podemos abrir al encontrarnos con el cofre dorado. Para el que quiere escribir, su primer consejo es no desanimarse nunca. Como prueba expone las dificultades de su propio comienzo. Necesitó muchos años de larga paciencia para llegar a la posición actual. Ponia en un clavo en la pared los trabajos rechazados por las editoriales e incluso su esposa sacó de un tacho de basura el primer libro exitoso que, si mal no recuerdo, le aportó a un hombre de muy pocos recursos nada menos que cien mil dólares. Incluso este libro sobre cómo escribir, lo redactó después de un accidente que casi lo puso en el otro mundo.

En el libro muestra un relato suyo y la corrección que realiza cuando tacha lo superfluo, para otorgar más agilidad al texto, consejo que dan escritores de éxito, como lo hace Stephan Zweig en su obra *El mundo de ayer*, que oficia como su autobiografía. Muchos sienten placer salvaje en esa tarea de corrección, como en el caso de Balzac que hemos examinado en un libro anterior. "En otras palabras -dice Stephen King en su tercer prólogo- escribir es humano y corregir es divino". Es una variación de lo que opinaban los clásicos de la pedagogía en Francia, quienes consideraban que "leer es humano, releer es divino".

King señala, además, que el corrector que lee lo que él escribe, luego de su "corrección definitiva", casi siempre tiene razón. Por más atención que pongamos se escapan errores sobre los cuales pasamos ciegos, incluso después de varias revisiones.

Escribir una historia -dice el autor- es como contársela a uno mismo. A veces la vida de los escritores está cubierta por muchos relatos o croquis para una nueva obra que nunca llega a ver la luz. Gustave Flaubert sentía la obsesión de encontrar un argumento, un relato de base, sobre todo cuando el anterior había tenido éxito y pensaba por lo menos repetirlo, tarea siempre difícil. Este es un hecho que han notado muchos escritores. Hay un núcleo de donde parte toda la elaboración y

es aquel en que el que escribe se cuenta a sí mismo lo que va a desarrollar, aunque luego lo cambie. Es cierto lo que dice Stephen King que no hay un depósito de ideas o de *bestseller* en la cabeza del autor, aunque a veces existan sugerencias de amigos o de lectores.

Es sabido que muchos escritores llevan un diario con los acontecimientos principales, a veces durante casi toda su vida productiva y a menudo constan en ellos episodios de vida o ideas sobre nuevos trabajos. Los diarios de Romain Rolland, autor de *El alma encantada* y de *Juan Cristóbal*, escritos en Suiza durante los años de la Primera Guerra Mundial, y también los de André Gide llevados durante toda su vida, se han publicado como tales. Otros recopilan en un cuaderno -en "un gran mamotreto", como lo llamó alguien- todas las ideas. La variedad al respecto es infinita y no se puede generalizar.

El autor de *Mientras escribo* entra en materia en el capítulo *¿Qué es escribir?* Comienza con la lectura, el punto central, obligatorio e ineludible para un escritor.

Uno podría decir que se va por leña y se vuelve con fruta, porque promete algo sobre la escritura y propone la lectura. Luego de decir que para escribir hay que leer mucho y diariamente, agrega que debemos leer en cualquier circunstancia: en un viaje, en un transporte, cuando esperamos a alguien que no llega.

En cuanto a escribir hay que abordar con audacia el papel en blanco. Esto último se relaciona también con la interinfluencia de la mano y el cerebro. Sarmiento cuenta su experiencia con la escritura, que comienza perezosa, lenta, como si se arrastrara para luego seguir al trote y al galope largo.

King subraya la necesidad de tener y manejar una caja de herramientas donde están, en primer lugar, el diccionario, las gramáticas, los diccionarios especializados.

Sugiere no usar el diccionario para reemplazar las palabras normales, corrientes, de significado universal, que es lo primero que nos viene a la mente, por otras rebuscadas que nadie sabe lo que quieren decir. En la parte de arriba de la caja de herramientas, debe estar la gramática. La primera parte que hay que utilizar es la de los sustantivos y los verbos; es decir,

las palabras que designan y las que actúan. Por ejemplo: las piedras explotan, las montañas flotan. Explica que eso es útil porque suministra una red de seguridad a la escritura. Las construcciones simples evitan que caigamos en la retórica.

Cita un famoso manual de Estados Unidos, el de William Strunk que enseña ese punto y otros. Rechaza las expresiones abstractas muy trilladas como "el hecho de que", o "por el estilo de". Agrega que a él no le

gustan frases como "al final del día" o "en aquel preciso instante". Prefiere la escritura que utiliza la voz activa del verbo y no la pasiva. Pide que se desconfie del adverbio. Por ejemplo: " cerró *firmemente* la puerta". Escribir bien significa prescindir del miedo y la afectación. Confiesa que también cae en los errores descritos y que al corregir trata de tachar y mucho se le escapa. Nadie es perfecto. Cuántas veces damos consejos y caemos en lo contrario de lo que predicamos.

Explica que el modo normal del párrafo expositivo tiene una frase tema y el resto es explicación de aquélla. Lo esencial es el párrafo, no la frase. El párrafo puede ser muy largo, puede tener una palabra o varias páginas. Pero ahí está el secreto de la aceleración o del retardo de la escritura, que hay que acostumbrarse a escuchar.

Si quieres ser escritor -concluye- lo esencial es hacer dos cosas: leer y escribir mucho. Nadie puede saltarse eso. No hay ningún atajo. Leyendo prosa mala y criticándola, es como se aprende a evitar errores corrientes. Algunos declaran que quisieran leer pero no tienen tiempo y luego agregan que les gustaría escribir. Si no tienen tiempo, o no se hacen del tiempo para leer, no se puede escribir bien. Leer es el centro creativo de la vida del escritor; lleva su tiempo y para tenerlo hay que enfrentarse con la TV, apagar el "pezón de cristal" que devora horas de cada uno. Si uno se desconecta de la caja-loro puede ganar tiempo para la lectura. Lo que hay que aprender, vuelve a destacarlo, es leer en cualquier lado. Como escritor de oficio, King dedica las mañanas a leer y escribir. Cuando escribe lo hace a "chorro continuo", no para. Se pone un objetivo en número de páginas. Su plan son diez páginas por día. Atribuye mucha importancia a la salud y a la vida familiar sin sobresaltos. Un locutor de radio le preguntó cómo escribía y él respondió: "palabra por palabra". El otro se quedó mudo. "Hay que encerrarse y salir sólo cuando tengas por lo menos mil palabras", dice King.

Ponte a escribir, dice, y no esperes al muso (la musa es femenina, él espera al muso). En la narración unos se dejan llevar y otros se mueven con un esquema. No sirve ni una narración insuficiente ni una recargada. Para aprender el diálogo en la escritura conviene hablar y escuchar mucho.

Estar en silencio, a puerta cerrada, obliga a la concentración. Luego vienen las revisiones, que no deben ser menos de dos según su experiencia. Pero hay que dejar el escrito a reposar y en esos intervalos descansar. Volver a amasarlo y luego enviar ejemplares a personas de confianza. El llama lector ideal a la persona, o a la capa social para quien escribe. Cuando hay cosas que uno no conoce hay que proceder a la investigación, pero sin olvidarse de que una novela no es un ensayo y que debe resultar llevadera. Luego muestra páginas de corrección.

Creo que es útil y amena la lectura del libro de King porque describe muchas de las vicisitudes de la creación, inclusive la vida interesante que le ha tocado vivir.

Harold Bloom ha escrito *¿Cómo leer y por qué?* (Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998).

Aparte de que la lectura es un placer -opina- leemos no sólo porque es interesante sino porque de otra manera no podríamos conocer a muchas personas, países o situaciones. El conocimiento que abarca países, costumbres, naturaleza, cosas, artes, no podemos adquirirlo sólo con nuestra actividad y el medio en que nos movemos.

Cuando Sarmiento estaba en San Juan y aún en la cárcel, solía leer las historias y la biografía de personajes ilustres. Todo eso constituyó la base de su formación.

Entre los autores que *cita* Bloom para decir que cada uno tiene su propio método menciona a Virginia Woolf quien afirma que

el único consejo que podemos dar es que se evite todo consejo. Woolf escribía siempre pero no dejaba de leer.

Francis Bacon, otro de los citados, opinaba que tenemos que leer no para impugnar, ni para hallar tema de conversación o para extraer elementos para un discurso, sino para sopesar opiniones o reflexionar. Por supuesto que hay opiniones diversas acerca de este punto. Se aprende cuando se va a buscar algo o polemizando con el autor con el que no estamos de acuerdo. Pero no ayuda una lectura tensa, de ojo de águila, que sólo piensa en la presa que tiene que destrozar.

Harold Bloom no cree que la lectura esté relacionada con el bien público. Uno lee para limpiarse de la jerga, de lo estereotipado. No es egoísmo porque si uno es buen lector iluminará a los otros.

Ralph Emerson subraya que para ser un buen lector hay que tener inventiva. Leemos para encontrar una mente más creativa que nosotros. También para recuperar la ironía. Pero a la ironía la entiende como el arte de tener pensamientos opuestos que convivan para relativizar y desembarazarse de dogmas. Aníbal Ponce solía decir que hay que tener la inteligencia que todo lo ordena y la ironía que todo lo tiñe de piedad.

Es sabido que Harold Bloom es un entusiasta partidario de William Shakespeare. Eso lo dice constantemente en sus libros y uno de los últimos se lo dedica íntegramente. Opina que el famoso dramaturgo inglés es la suprema autoridad en el tratamiento tanto del conflicto de generaciones como del que existe entre hombres y mujeres. Aconseja abrirse a la lectura plena del *Rey Lear* para conocer mejor los orígenes del patriarcado. La lectura, además, permite fortalecer nuestra personalidad y averiguar cuáles son nuestros auténticos intereses. Piensa que quien no lee no madura. La niñez pasada frente a la TV y la adolescencia frente a la computadora, hace que en la Universidad no se sea sensible a la lectura como método de maduración de la personalidad. Por supuesto que esto es susceptible de debate en este momento, sin

menoscabar el papel de la lectura. Los medios audiovisuales e Internet pueden dar mucho. Sin embargo hay que combinarlos con la lectura. El propio Bloom reconoce que en todas partes hay un sector de jóvenes, de adultos y de personas de mucha edad habituadas a la lectura. Esto depende de la crítica literaria, de los profesores, de las cátedras dedicadas a las disciplinas literarias. Sostiene que ayudan los autores que tienen una gran capacidad de comprensión y sitúa en primer lugar a Shakespeare.

Para leer bien hay que recuperar o adquirir la ironía que es la capacidad, como vimos, de captar los aspectos contradictorios de las situaciones para no embarcarse en esquemas monolíticos. La pérdida de la ironía entendida así -dice Bloom- es la muerte de la lectura. La ironía exige una amplia dosis de atención y capacidad de albergar doctrinas antitéticas en un momento dado. Por supuesto que Harold Bloom es un personaje muy contradictorio y valioso. Ha suscitado polémicas encarnizadas como cuando escribió sobre aquellas lecturas que eran indispensables para una formación en su libro *El canon occidental*. También su idea de Shakespeare, según otros, da la impresión de que podemos conformarnos con su sola lectura.

Italo Calvino opina que además de repasar los clásicos, lo veremos, hay que hacer lecturas de actualidad. Hay que estar con el oído atento a lo que viene para poder escuchar los nuevos rumores.

3

Las reflexiones de Susan Sontag sobre su oficio. (En "Escribir, leer, corregir, releer" publicada en el diario *La Nación*, 22-12-00) plantea que leer novelas es una tarea que parece normal pero escribirlas no; recuerda que la lectura y la escritura se ligan. Porque escribir es practicar también el arte de la lectura. Se escribe para leer lo escrito, para corregir, para releer. "Escribir es sentarse a juzgarse a sí mismo" escribió Ibsen. Si se tiene noción de lo que es literatura, ponerse a escribir es tremendo, intimidante. Es zambullirse en un lago gélido. Luego cuando se tiene algo entre manos, se puede corregirlo aunque sea un barullo. "La novela está en tu cabeza, del mismo modo que la estatua está en un bloque de mármol. Tratas de liberarla", dice Sontag. Además escribir -añade- es darse a sí mismo una serie de permisos para inventar, saltar, volar, caer.

En general el prosista debe poder ver su escrito. A algunos escritores que sufrieron la ceguera se les presentó este problema. Cuando Sartre se quedó ciego dijo: "mi vida de escritor se acabó". La lectura, el gusto por ella, hace soñar con llegar a ser escritor. En cierto modo la lectura precede a la escritura. Hay escritores que dicen no tener mucho tiempo para leer. Pero la lectura, incluso de los viejos y amados libros que reco-

rrimos en el pasado, no es sólo un descanso sino una fuente de inspiración. Virginia Woolf concebía el paraíso como una lectura constante, incansable. La lectura para ella era como una eliminación absoluta del

4

¿Por qué leer los clásicos? Este es título de Italo Calvino (Tusquets Editores, Barcelona, 1991). Para él los clásicos son esos libros de los cuales se suele oír: "Estoy relejendo". A continuación afirma que en cualquier formación influyen innumerables libros "clásicos" que no se han leído. Y sino que levante la mano quien haya leído todo Herodoto y Tucídides. En Francia, como trabajo escolar se lee a Balzac, pero en Italia ocuparía el último lugar.

Leer por primera vez un clásico, consagrado por años de crítica, es un gran placer. Diríamos que es también una gran dificultad porque hay una montaña de análisis, críticas y citas que se utilizan en la vida cotidiana.

Al definir a los clásicos puntualiza que son los que constituyen una riqueza para quienes los han leído y amado. Y una riqueza no menor para quienes los leen ahora. Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. Vienen a nosotros precedidos de muchas lecturas, que han dejado profundas huellas en el lenguaje y las costumbres de los pueblos. Mucho de la *Odisea* o de Franz Kafka ha quedado en nuestro vocabulario. Siempre hay tiempo para leerlos y aprender. Italo Calvino cita a Emile Cioran un notable escritor, que narra lo siguiente: "Mientras le preparaban la cicuta, Sócrates aprendía un aria de flauta. '¿De qué te va a servir?'-le preguntaron. "Para saberla antes de morir".

Calvino cree que cada uno tiene sus clásicos. Los pedagogos conocen la importancia de la promoción de la lectura. Saber leer desarrolla la personalidad. El progreso es por la palabra escrita que combate el analfabetismo. El acto de leer desarrolla la mente porque es un proceso que abarca muchos niveles: transformación de los elementos gráficos en ideas; ejercicio cognitivo y lingüístico; confrontación con los autores. La lectura en silencio es una base para la educación. El lector más rápido, más concentrado, percibe más. Permite entender otras vidas, padecer, sufrir con otros.

5

Fernando Savater (*El País*, 29/8/01) se refiere a Borges. Ha leído todo lo suyo y habla de su vocación por la lectura.

Borges era un gran lector; se adelantó a la posmodernidad por el predominio de lo imaginado y otros aspectos que Savater trabaja en un libro sobre el escritor argentino. Borges tuvo que reemplazar los ojos por el oído y la escritura por la voz. Eso muestra una lucha heroica en condiciones difíciles que hubieran abatido a más de uno.

También Augusto Montoroso habla de su pasión por la lectura. Prefiere leer que escribir. Otros autores se refieren a la importancia de releer. Se publicaron muchos libros al respecto. Algunos dicen que releer lentamente es un antídoto infalible contra el estrés, sirve para conversar con nuestro pasado. Es, también, una forma de reparar las lagunas de la memoria. Cuando uno lee por primera vez un libro lo asocia con el pasado, con su experiencia. Pero si han transcurrido años y se relea se vincula el libro con cosas que han sucedido en el intervalo entre la primera lectura y la que se hace en este momento. La relectura se realiza con otro caudal de experiencia.

Para un hombre de izquierda, no es lo mismo releer las obras que estuvieron en la base de su formación antes o después de la caída del muro de Berlín. O releer análisis de la Segunda Guerra Mundial cuando se nos dice que tenemos otra forma de guerra: el terrorismo. Incluso sucede en los aspectos metodológicos. Si se lee al iniciarse una obra de Mitre y otra de Vicente Fidel López sobre la historia argentina es evidente que resulta distinta cuando uno tiene en cuenta, más adelante, la polémica acerca de la metodología histórica sobre la base de la tradición oral o de documentos. Los ejemplos se multiplican.

Al releer se compara con otros autores que se han leído después. Si se han revisado algunos libros de *La Comedia Humana* de Balzac y luego se lee a Stendhal, en una segunda lectura de Balzac, compara los estilos. Nos damos cuenta del dominio que tiene Stendhal sobre el plano psicológico como se puede ver en *Rojo y Negro* y en *La cartuja de Parma*.

Se han hecho comparaciones, por ejemplo, entre el peruano José Carlos Mariátegui y Aníbal Ponce. Esto lo ha analizado en su tiempo Oscar Terán. Pero al abordar hoy el tema tiene una significación distinta de la que se le dio en su tiempo. Muchas relecturas actuales cambian de signo o minimizan lo que antes se había pensado. Pero a veces esas vueltas a leer traen sorpresas inusitadas. Pongamos por caso la relectura del libro de Tulio Halperin Donghi *Una nación para el desierto argentino*. Con el auge del neoliberalismo, en la era del mercado mundial, con la apertura de la economía, se minimizó el proyecto en Argentina. Pero ante la crisis actual las miradas son diferentes. Justamente el libro de Tulio Halperin Donghi abarca el periodo posterior a la Revolución de Mayo, toma la Generación del 37 y luego las posteriores que se preocuparon por el modelo de país. Su relectura pone de manifiesto la carencia de un proyecto.

El que operó en la década del 90, luego de la caída del muro de Berlín, ha sido un neoliberalismo furioso, avasallador, que inhibió o rompió cualquier idea de autonomía. Estábamos insertos en el mercado mundial, en la globalización. Todo se arreglaba abriendo las puertas de la Aduana, rematando las empresas del Estado, desregulando; con la convertibilidad monetaria. Pero el fracaso estrepitoso del neoliberalismo, del consenso de Washington, lleva a revalorar los esfuerzos históricos por trazar un modelo. Y nos damos cuenta de que sobre un país no bien delimitado, sin caminos, despoblado, Sarmiento y Alberdi se dedicaron a concebir una nación a partir de la comparación con otras y de las particularidades propias; con la idea de no ser un país de esclavos como terminaron siéndolo muchos del continente africano. Esto tuvo una fuerza tremenda en la orientación del desarrollo posterior. Es un ejemplo brillante de cómo la historia, la relectura enseñan a no imitar el detalle sino las grandes líneas e iniciativas.

La importancia de la relectura se explicita en el problema de la formación de una concepción del mundo, en lo ideológico. En mi experiencia de lector ávido de novelistas, de ensayistas, durante el secundario, al tratar de entender el mundo después de la Primera Guerra Mundial, comencé la lectura del marxismo. Se trataba de una concepción totalmente nueva para mí que chocaba con la anterior violentamente. En virtud de ello leía precipitadamente, con avidez nunca saciada. Pero esa era una formación de superficie. Con el tiempo la relectura ayudó a profundizar, como ayuda el estudio en grupos. O la necesidad de escribir e investigar. Pero esos conocimientos introducidos con premura, con precipitación, en forma atropellada, prepararon el terreno para una formación mayor, sobre la base de releer, relacionar, comparar. Ayudan a adquirir otras facetas en el razonamiento. Aún recuerdo el impacto temprano de dos obras leídas en la biblioteca de la Casa del Pueblo del Partido Socialista. Una era la traducción de Juan B. Justo del primer tomo de *El Capital*. La otra, la *Historia socialista de la Revolución Francesa* de Jean Jaurés junto con sus conferencias de 1913 en Buenos Aires, un año antes de su asesinato en Europa por oponerse a la Primera Guerra Mundial. Para no cerrarme en una concepción me sirvió la lectura de muchas obras críticas u opuestas al marxismo. Esto me permitió ensanchar el campo intelectual. Pero la experiencia más decisiva fue iniciarme en la escritura. Cada libro significaba una búsqueda de bibliografía, polémicas con lo que leía, el estudio del desarrollo de los temas, las críticas que recibía posteriormente y darme cuenta más delante de mis errores en el abordaje de algunos temas. También se lee durante el tiempo de la escritura para evitar volverse monotemático en los períodos largos que requiere un libro. Eso permite descansar de la escritura que es una tarea apasionada y tensa.

Generalmente el hábito de la lectura es lo que constituye el punto de

partida. Muchos de los manuales que se dedican a enseñar cómo escribir, a veces se inician con la escritura y el estilo en sí. Sin duda que escribir es importante con respecto a la lectura porque hay que informarse, leer, tener fuentes, estadísticas, y el mismo proceso de escribir y corregir, como señala Susan Sontag, implica tener que leer y releer, buscar el término, la expresión adecuada y la construcción más conveniente. En la formación de los hábitos de lectura mucho influye el ambiente familiar en que nos iniciamos y por supuesto la escuela y la comunidad.

Un caso típico, de los tantos, fue la infancia de Jean Paul Sartre, nacido en 1905. Luego de la muerte del padre queda a cargo de su abuelo, un maestro con ocho generaciones de maestros detrás de él, que es un alsaciano, es decir de la frontera entre Francia y Alemania, tierra disputada por ambos países.

Su abuelo se llamaba Charles Schweitzer. Su biblioteca y su enseñanza fueron su terreno de caza predilecto. El lo ha expresado con estas palabras: "Los libros han sido mis pájaros y mis nidos. La biblioteca el mundo reflejado en el espejo" (Annie Cohen-Solal, *Sartre una biografía*, Emecé, Buenos Aires, 1985). Avido lector, voraz escritor; esa vocación llevó al joven filósofo de la Escuela Normal Superior, a dedicarse, lo que era raro por entonces, a la literatura, el teatro y la escritura política. Por supuesto que también fue un creador en filosofía, un jefe de escuela en el ambiente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Rompió así la tradición rigurosa de la escuela Normal Superior, y combatió en la plaza pública en la gran política, siguiendo una tradición que tiene su inicio en Emilio Zola, quien defendió a Dreyfus, un militar de origen judío condenado por traición cuando en rigor lo era por su identidad.

Sartre, que murió en 1980, se ocupó también de otros asuntos. Pese a su enorme actividad dedicó mucho tiempo a la obra de Gustave Flaubert, el famoso autor de una de las novelas más destacadas del siglo XIX en Francia, *Madame Bovary*. No terminó el estudio porque en los últimos años de su vida padeció de ceguera que, por supuesto, entorpeció su trabajo intelectual, aunque siempre continuó mediante dictados, escuchando lecturas y haciéndose oír en los medios de comunicación. El estudio, cuyos dos primeros tomos aparecieron en 1971 y el tercero en 1972, se titula *El idiota de la familia*. No alcanzó a tratar la obra de Flaubert. Se refirió al ambiente en que nació y a su desarrollo. El idiota de la familia es el propio Gustave, el hijo descarriado de una ilustre familia de Rúan, ciudad del norte de Francia, donde su padre era el médico cirujano jefe del hospital de la ciudad. Ese camino fue seguido por su hermano mayor y no por Gustave. Este último tuvo dificultades de salud, no fue a la escuela hasta los 10 años, pero a los 13 escribía cuentos y pequeños ensayos.

Sartre no llegó a estudiar en esos tomos más que el ambiente que

rodeaba al gran escritor en Rúan y en otros sitios. Su plan era seguir con la obra. El mal pronóstico que había en la familia respecto a Flaubert no tomó en cuenta la imaginación poderosa, la sensibilidad a flor de piel, la originalidad que se despertaba en otro terreno.

Sartre se sentía afin a Flaubert cuando leía: "La vida sólo es tolerable con una manía, un trabajo cualquiera. En cuanto alguien abandona su manía, muere de tristeza". Cuando Flaubert termina un libro como *La educación sentimental* o *Salammbó* y no digamos *Madame Bovary* todo lo aburre, lo fastidia. Solía decir que salir del pantano depende del plan: "No son las perlas sino el hilo el que hace el collar".

Con motivo de un gran movimiento cultural de estimular la lectura en España, El escritor Emilio Lledó, ha escrito un artículo titulado: "La pura alegría de leer"(El País 15-9-02). Opina que las bibliotecas son memoria, diálogo y luz. Evoca a Juan Rulfo a quien le preguntaron por qué había escrito *Pedro Páramo* y éste respondió: "porque busqué en la estantería un libro parecido y no lo encontré". Julio Cortázar decía siempre que leer y escribir son alegrías. Lledó cree que la lectura hay que hacerla de manera permanente. Hemingway llevaba siempre consigo sus libros favoritos. A eso lo llamaba "su ración de clásicos". Faulkner leía todos los años *El Quijote* o una parte de él como quien frecuenta la Biblia.

Llega a la conclusión de que los escritores son lectores que escriben.

Leer es romper con la monotonía de nuestro propio discurso. Edgard Morin, titula a su último libro *Ética y desarrollo*. "Para no convertirnos -escribe- en un Titanic planetario, no bastan los motores

científicos, técnicos, económicos sino hay que desarrollar el humanismo" y para ello la lectura y el estudio de los problemas. Leer y escribir, desarrollar la cultura en todos los sentidos y direcciones.

Un florentino ilustre

Retrato de Maquiavelo

Sé que hablar de Nicolás Maquiavelo es chocar con prejuicios, con demonizaciones, con *a priori* incalculados. No obstante quiero dar mi opinión sobre el hombre y su obra.

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 4 de mayo de 1469. Aníbal Ponce llamó a esa ciudad la formidable "Nueva York del *quattrocento*" por la importancia que tenía en Italia y en el resto de Europa. Allí nacían manufacturas entre las que se destacaban el arte de la lana y de la seda. Políticamente era una tiranía heredada, travestida de república. Había, no obstante, ciertas libertades inexistentes en otras ciudades.

A los 20 años Maquiavelo es nombrado Secretario de la Cancillería. Según relatos de la época tenía una silueta modesta, rostro delgado, ojos negros pequeños y vivos, cabeza de cuervo, precozmente desplumada sobre la frente. Su risa era nasal que, según los contemporáneos, venía del espíritu.

Viajó mucho en misiones diplomáticas, fue a Francia, conoció a César Borgia, hijo del Papa Alejandro VI. Participó con las milicias campesinas en acciones militares. Sufrió prisiones y torturas. De los procesos en su contra salió indemne, pero no volvió a conseguir un puesto oficial de importancia. Se dedicó a escribir.

Uno se pregunta de dónde extrajo la gran experiencia que se refleja en todos sus trabajos literarios. En primer lugar fue durante 30 años Secretario de la Cancillería. Uno de los diez que participaban en el Consejo de Guerra de Florencia que tenía gran importancia para la ciudad y la región que dominaba. Su experiencia la extrajo de sus muy frecuentes misiones diplomáticas y de los cuidadosos análisis y comentarios de lo que significaron para Florencia. En esos largos viajes observó la conducta de los príncipes, en especial del eclesiástico y militar César Borgia en las sucesivas campañas por el dominio del centro de la península. Organizó la defensa militar de Florencia; se especializó en la formación de milicias locales que reemplazaron a los mercenarios que solían ser una desgracia para los que los contrataban porque se guiaban sólo por sus intereses personales.

Entre los siglos XV y XVI, Florencia fue un lugar excepcional donde nacieron las nuevas ideas del Renacimiento. Allí trabajaron Leonardo da Vinci, Rafael, Botticelli, Miguel Ángel y, como afirma José Luis Romero en su libro *Maquiavelo historiador*, la criatura humana se concibió de carne y hueso. No como una abstracción. Aparece una imagen del

hombre modelada sobre la base de la experiencia. Ciudad de comerciantes, de banqueros y de artesanos, fue la sede del moderno espíritu italiano y europeo, tal como lo señaló Jacobo Burckhardt. Se puede decir que este período increíble correspondió, según Johan Huizinga, al *otoño de la Edad Media* y al comienzo de la Reforma; luego al Renacimiento y a la Reforma protestante. En este lugar y en esta época excepcionales nació y vivió Maquiavelo. Durante el período en que se desempeñó como Secretario de la Cancillería realizó veintitrés grandes misiones diplomáticas, lo que le abrió el horizonte de la época. Fue sin duda, un experto que no careció de elementos de la historia sincrónica. Conocía lo que pasaba en España o Francia, que habían conseguido la unificación. Trataba de trasladar esto a Italia, en las condiciones diferentes en que se había dado el proceso histórico. Pero también estudió los clásicos de la política de la antigüedad y debatió con sus contemporáneos.

Murió en 1527 a los 58 años. *El Príncipe* se conoció cinco años después de su muerte porque así lo dispuso en su testamento. Inmediatamente fue puesto en el Index, es decir prohibido.

Cuentan que Maquiavelo era travieso, picaro, amigo de aventuras intelectuales. Pero siempre tendía a discutir los problemas del momento, a meterse en el barro primordial. Lo apasionaba la política y la posibilidad de llegar razonando a posiciones que le permitieran incidir sobre los destinos de la ciudad que tanto amaba. Consideraba que la grandeza era resolver a favor de los pueblos los problemas de la tierra.

En los estudios de Antonio Gramsci, quien se ocupó mucho de Maquiavelo, surge el tema de que el florentino quería crear las milicias populares, para abandonar a los mercenarios que eran una plaga porque reducían todo a sus propios intereses. Gramsci opina que *El Príncipe* no es un tratado sistemático sino un libro viviente donde la ideología y la ciencia política se funden en la forma dramática del mito. Maquiavelo, agrega Gramsci, dio a su concepción una forma imaginativa y artística, donde el elemento doctrinal y racional se personifica en el *condottiero*, un caudillo popular que representaba en forma plástica y antropomórfica la voluntad colectiva. Luego de haber representado al *condottiero* ideal evoca el *condottiero* real que históricamente lo personifica. La invocación apasionada le da un carácter dramático. Recuerda que no se trata de una fría utopía. El carácter utópico deviene de que no existe un principio para crear un nuevo Estado y describe cómo debe ser el príncipe para lograrlo. Parece una autorreflexión del pueblo. Sobre *El Príncipe* influye la situación de Francia y España que consiguen su unificación, en contraste con la dispersión de Italia.

Maquiavelo desarrolla a mediados del siglo XVI la primera teoría de la acción política moderna. Un siglo antes de que Shakespeare escribiera *Hamlet*, él había planteado la naturaleza trágica de la política. La acción política es distinta de la del individuo. La tragedia de la política es

que el conflicto no se puede eliminar.

Francisco Javier Alcántara, considera que *El Príncipe* es un producto renacentista por los cuatro costados. El Renacimiento, en el campo de la ciencia, aporta el dato experimental como punto de arranque de la inducción científica y la independencia de la ciencia respecto a la concepción teológica-filosófica que preside el pensamiento de la Edad Media. No es un proceso lineal. El Humanismo y la Reforma y sobre todo el Renacimiento abrieron la brecha para sobrepasar las concepciones medievales. Como diría Francis Bacon, Maquiavelo parte de la realidad, de lo que los hombres son. Por supuesto que influye su propio sufrimiento, las torturas recibidas injustamente. Pero también conoce las aberraciones de los mercenarios, los castigos brutales de los príncipes.

Las opiniones de Maurizio Viroli

En su libro *Machiavelli* (Oxford University Press, Oxford, Gran Bretaña, 1998) Viroli analiza la trayectoria general. Afirma, contra muchos, que Maquiavelo no intentó fundar una ciencia política, sino que tenía gran habilidad para interpretar palabras, acciones, gestos para la retórica. Escribe para persuadir. No cita a Aristóteles o Cicerón como principio de autoridad en sus escritos. La retórica acompaña siempre a la política dice Maquiavelo. Para Viroli era un patriota que no luchó por la unidad de Italia. Otros autores opinan que el centro de su vida fue su lucha por una unidad de las ciudades y pequeños Estados. Sabía, sin duda, y eso nadie puede negarlo, de la debilidad de las ciudades frente a países unificados. En virtud de su planteo Viroli opina que aborda la política real, no los deseos. Describe los horrores de la guerra, el ataque a niños y mujeres, incluso en los conventos, el saqueo y la muerte. No tiene una visión edificante del hombre. Sabe de la envidia, la venganza, la ferocidad que puede desplegar. Thomas Hobbes, y muchos otros estudiosos, tuvieron un pensamiento similar. Para el autor de *El Príncipe* una valoración del ser humano no idealizado es un punto de partida para la acción, para evaluar la necesaria conducta del gobernante. Consideraba que cuando la vida es miserable, cuando se es impotente frente a la estupidez, es el tiempo de mirar al mundo con ironía. Es una ironía que constituye una máscara contra el sufrimiento. Juega, ríe y canta para disimular las lágrimas amargas. Para él son importantes los amigos, la familia, el amor. Las penurias y los placeres. Cree que siempre hay lugar para lo serio y lo trivial. El se considera a sí mismo un especialista en los problemas del Estado. Sabía que allí se juega la fuerza y el consenso. Es decir la razón y la fuerza, el zorro y el león.

Es notable su influencia en Gramsci. Opinaba que era difícil conocer la realidad, pronosticar los acontecimientos. Es necesario juzgar más

por lo que hacen los hombres que por lo que dicen. Juzgar no tanto por la voz sino por las manos. Analiza Viroli la fuerza que tenían las palabras en Maquiavelo. La retórica era necesaria en todo momento. Divide a los profetas en armados y desarmados.

Poco antes de morir, cuenta Viroli, Maquiavelo tuvo un sueño. Era el mes de junio de 1527 próximo al momento de su deceso. Por ser un ilustre florentino relacionado con el Papa y con los Borgia, y tantos otros notables, le correspondía ir al paraíso. Camino de ese lugar privilegiado vio una multitud que analizaba los temas de actualidad. Reconoció a los historiadores y políticos de la antigüedad. Entre ellos Tácito y muchos de los que habían sido sus maestros. Les preguntó adonde iban, le contestaron que estaban condenados al infierno. *Ipsa Jacto* Maquiavelo decidió abandonar los hermosos pero aburridos prados del paraíso y encaminarse al infierno donde discutiría con esas ilustres personalidades. No le importaba dónde iban las almas después de la muerte sino los grandes problemas de la humanidad.

Toda la vida reclamó a los poderosos de la península itálica que la liberen de enemigos, que no permitan la muerte, el saqueo y la humillación de sus conciudadanos.

Maquiavelo no fue hábil para la elaboración de la seda o de la lana sino para las humanidades. Leía a los poetas latinos, Tucídides, Plutarco y Tácito. Amaba la antigüedad, la historia. Lo que no aprendió en los libros lo aprendió en las calles y plazas, en la iglesia, en las tabernas de Florencia. Todo esto constituía para él la escuela de la vida junto a la política y a las misiones diplomáticas. Pudo estudiar la guerra de los antiguos y de César Borgia, su contemporáneo, hijo natural del Papa español Alejandro VI. Lo hizo también reorganizando la defensa de Florencia, y en el reclutamiento de tropas lugareñas.

Aprendió y consolidó su bagaje escribiendo sobre la primera década de Tito Livio, *El arte de la guerra*, *Poemas* y *La Mandrágora*. Dante fue su maestro de estilo y le transmitió la sabiduría. *El Príncipe* es el texto fundador de la ciencia política; inspiró a Thomas Hobbes, entre otros. Además de todo esto escribió *Las historias florentinas*, las crónicas de su amada ciudad.

Maurizio Viroli trata de extraer la filosofía de vida de Maquiavelo sintetizando lo siguiente:

-Se acostumbró a mirar al hombre desde el lado de la pobreza, la exclusión y la adversidad. Sentía amor por la gente y trató de ayudarla.

-Practica siempre la tolerancia y el buen humor con su familia y sus amigos.

Gracias a la correspondencia conocemos su día de trabajo, cuando no estaba en el continuo ajeteo de sus misiones diplomáticas. En su exilio, o retiro campestre en Santa Andrea de Percussina, con su mujer y sus cuatro hijos:

1) En la mañana atiende sus propiedades y asuntos varios.

Toma en medio de las tareas, un tiempo para leer poesía,
para el amor, para charlar con la gente los asuntos cotidianos

2) Almuerza con su familia. Va a la taberna para jugar a las cartas
con los lugareños. Sale de caza.

3) A la tarde, debidamente vestido, entra en su biblioteca que es la
corte de los antiguos y venerados autores. Y "discute con ellos" los asuntos
mayores de la política.

Piensa que en la vida hay lugar para lo serio y lo trivial, para lo
corriente y los grandes acontecimientos, para lo casual, contingente y
para lo infinito.

Es en esa vida que Maquiavelo plantea que si se tiene un arco corto
para arrojar la flecha conviene tirar por elevación hacia los grandes
espíritus para caer en el blanco deseado.

Por encima de esa metodología diaria hay que ver algunos aspectos
teóricos de su forma de abordar los problemas.

El restauró en Florencia el sentido de la política. Tuvo especial habi-
lidad para interpretar las declaraciones, manifestaciones, gestos. Todo
ello al servicio de comprender la política de su tiempo. Tomó ejemplos
de la historia antigua y de la que vivió para aconsejar sobre todo en el
quehacer cotidiano.

No tenía un criterio dogmático ni de citomanía para justificarse de-
trás de los grandes nombres. Su estudio de la elocuencia y de los méto-
dos de persuasión estaban relacionados con el uso múltiple de la retó-
rica en todos los campos de actividad, en la política, en la guerra, en el
triunfo y la derrota. El mundo concreto con sus grandezas y miserias
era el objeto de su estudio y meditación. Era implacable con los enemi-
gos de la ciudad, con los que mataban a las mujeres y los niños. Por ello
puso tanto énfasis en la forma de hacer política en defensa de la vida.

Tocqueville que admiraba la historia tal como la trataba Maquiavelo,
nos referimos a la *Historia de Florencia*, o a Tito Livio, sobre la guerra,
no podía entender cómo lo hacía fríamente, sin lamentarse por las des-
gracias. No entendió que Maquiavelo estudiaba la historia no para la-
mentarse sino para aprender a evitar las desgracias. Partía del concep-
to de que el ser humano es el animal más indefenso de la naturaleza y
por ello debe organizar su vida y la sociedad. Maquiavelo, como se ve,
continúa hoy siendo motivo de análisis y debates. Señal de que aún
cabalga, como dice don Quijote.

Alexis de Tocqueville

Alexis deTocqueville, de familia noble francesa, nace en 1805 y muere en 1859. Estudia abogacía. En 1827 es nombrado juez auditor en Versalles. Recorre Europa y camina por Suiza, lo que recuerda al viaje de Rousseau a pie por ese país, que él alababa como la mejor forma de conocer un lugar. En 1828, antes de ir a América, conoce Italia, especialmente Sicilia. Registra sus impresiones, como siempre, en un intercambio epistolar con la familia y con amigos y conforma con ello un diario de viaje. (Recordemos que Lucio V. Mansilla redactó como cartas *Una excursión a los indios ranqueles.*)

Tocqueville asiste a cursos de Francois Guizot sobre la historia de la civilización europea. Luego se vinculará con él como político. En 1830 se traslada a Estados Unidos y Canadá con Gustave de Beaumont, abogado y juez que fue su amigo y colaborador más cercano, y con el cual hizo la mayor parte de los viajes e investigaciones. El que realizan a Estados Unidos era, en sus aspectos formales, para estudiar el sistema penitenciario de ese país, visitando cárceles y a magistrados y presos de alta peligrosidad. Se admiran de la variedad de sistemas penales que existen en los diferentes Estados, lo que les suministra muchos motivos de reflexión. La estadía dura hasta 1832 y abarcan muchas regiones y ciudades de Estados Unidos y Canadá. En 1833 publican *El sistema penintecario en Estados Unidos* que tuvo gran repercusión y fue traducido a varias lenguas.

Como legislador debatió el sistema penitenciario francés y le sirvió mucho la profunda experiencia de Estados Unidos. Luego viajó a Inglaterra a estudiar ese país. En 1835 publica la primera parte de *La democracia en América* y visita nuevamente Inglaterra e Irlanda con Beaumont. En esta segunda incursión en territorios británicos, conoce a Mary Morley, con quien se casa. Para entonces ya era muy conocido en los medios científicos y publica en una revista de habla inglesa un trabajo sobre el estado social de Francia antes y después de la Revolución de 1789. Tempranamente reflexionaba sobre este acontecimiento histórico y sus diferencias y semejanzas con la monarquía absoluta. Durante toda su vida se dedicó a estudiar su país, lo que hizo actuando también como político.

En 1838, es elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Al año siguiente, con Beaumont, editan *Irlanda social, política y religiosay* en 1840 da a conocer la segunda parte de *La Democracia en América*.

Sin duda le había llevado muchos años estudiar el funcionamiento del sistema democrático en Estados Unidos en todos los niveles, como

así también la comparación con otros países: Inglaterra en primer término, pero también Francia. No sólo sienta bases en la sociología de la cual es uno de los fundadores, sino en la historia comparada de aquel entonces. Recordemos que Sarmiento en *Facundo* lamenta, en 1842, no tener todos los instrumentos para la indagación de la Argentina y señala que haría falta un Tocqueville. Es decir que la fama del francés había llegado lejos de su punto de origen.

En 1841 es elegido miembro de la Academia Francesa de Letras. En 1843 publica *Cartas sobre la situación interna de Francia*. Visita Argelia en varias oportunidades para estudiar la situación de esa colonia francesa.

Hizo su aparición en la política paralelamente a sus trabajos; tuvo una participación activa en las jornadas de 1848 y de los años siguientes. En los últimos años estuvo enfermo de tuberculosis y aun en esas circunstancias se dedica a escribir *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Muere en 1859.

La importancia de Tocqueville

Según algunos autores estadounidenses que lo admiran, después de Cristóbal Colón, Tocqueville es la figura más destacada en el descubrimiento de América. El paralelismo, que parece un artificio, tiene parte de verdad. Tocqueville descubrió para Europa lo que era América del Norte desde el punto de vista sociológico y político. Esto repercutiría en el momento de construir la democracia en el Viejo Continente.

Su correspondencia copiosa con norteamericanos es el reflejo de un gran trabajo de investigación y de asimilación de una realidad distinta de aquella en la que había nacido.

En Estados Unidos debió renunciar a la lengua francesa que nadie hablaba y se obligó a hacer enormes esfuerzos en el aprendizaje del inglés.

En ese período se levanta a la 5 o 6 de la mañana y trabaja las notas tomadas durante el día anterior. Considera a Estados Unidos una inmensa cantera, una construcción imponente, un gigantesco mercado. Tiene en sus cuadernos más de cien conversaciones importantes transcritas y analizadas. Constata que la gran pasión de los estadounidenses de entonces es la riqueza, por eso cambian de lugar y de empresas; poseen una buena educación, pero poco espíritu intelectual.

Tocqueville y su amigo Beaumont plantean hipótesis y preparan preguntas para las entrevistas que van a realizar. Utilizan cuadernos alfabéticos, cronológicos y el que llevan para anotar todo lo notable que se les aparece. Esto les sirve para cazar al vuelo. Van a bibliotecas para analizar las estadísticas y materiales diversos. Sin duda Tocqueville,

por los métodos aprendidos y por los que elabora, es uno de los fundadores de la sociología moderna.

La obra *La democracia en América* no nace preformada de la cabeza de Júpiter como Palas Atenea, ni como un rayo en cielo sereno. Tocqueville se queja de que su cabeza es un caos, lo que es relativo. Viene de un país diferente y se enfrenta a una realidad distinta. Su mirada es certera. Advierte enseguida los contrastes, pero avanza lentamente; trabaja con hipótesis sucesivas que luego confirma o descarta.

Estados Unidos le parece una nación de clase media, de importante movilidad social, con aspectos de igualdad y libertad. El Estado no interviene; la religión está presente. Se plantea ver todo, estudiar todo, tratar de entender.

En esa labor utiliza distintos tipos de anotaciones, para lo cual abre diferentes cuadernos, como hemos visto, y lo reiteramos por tratarse del aspecto metodológico que nos interesa:

Cuadernos ambulantes para anotaciones.

Cuadernos alfabéticos.

Cuadernos cronológicos.

Esa metodología la seguirá siempre en sus investigaciones y será la fuente de sus escritos. Como a otros viajeros, Domingo F. Sarmiento, luego Juan B. Justo y Lisandro de la Torre, entre muchos, de distintas latitudes, le llamó la atención el régimen comunal de Estados Unidos, la participación de los habitantes en todos los aspectos de cada pueblo o ciudad, la cantidad de activistas, la manera de hacer justicia con los jurados populares.

Constata que en el norte de Estados Unidos es esencial el trabajo. En el sur, el ocio, que es el mal derivado de mantener la esclavitud que corrompe a todos. Hay que recordar que sus observaciones corresponden a la década de 1830 y la Guerra de Secesión del Norte contra el Sur tiene lugar entre 1860-65. Recién entonces se abolió la esclavitud, por lo menos formalmente en los primeros años; más tarde se afianzó la libertad no exenta de gran explotación.

Realiza el viaje de estudios a Inglaterra en 1833 buscando alguna de las bases de la democracia en América. La hipótesis resulta natural: ¿cuál es la madre que engendró a semejante hijo? Esta es una pregunta interesante que se la han hecho los canadienses y los australianos, entre otros. También las naciones hispanoamericanas con relación a España.

La retórica de Tocqueville es de rara eficacia porque:

1) Expone los argumentos a favor de una tesis. Luego los hechos que la apoyan.

2) Multiplica las referencias y los ejemplos. No vacila en retroceder para afirmar un razonamiento. Resume afirmando la tesis principal.

3) Comprende que la comunicación es la redundancia.

1 8 – Los caminos de la creatividad 2

4) Se percibe en su trabajo al abogado y al pedagogo.

5) En *La democracia en América* se aprecia su modernidad universitaria.

6) Lo que escribe viene de fuentes. Todo es claro y de fácil acceso al lector.

7) Todos los argumentos confluyen como los rayos de una rueda a un núcleo central o como los afluentes que forman el río.

Y lo que quiere decir es que la democracia es una fuerza central de la sociedad.

En su viaje constata un retraso excepcional de las fuerzas políticas. No es sólo el sistema judicial y la educación lo que llama su atención, sino también la libertad de prensa.

El destino de Tocqueville cambia con *La democracia en América*. A partir de esta obra, se relacionan con el John Stuart Mili, el conde de Cavour, que junto a Giuseppe Mazzini y Giuseppe Garibaldi, reunificó Italia. También ex presidentes de Estados Unidos como John Quincy Adams.

En sus estudios sobre los ingleses constata que se asocian para empresas comunes pero mantienen su individualidad. Eso genera la ambición de estos pueblos.

Los ingleses dudan, son empíricos, 2+2 puede o no ser 4, Admiten una cosa y su contraria, ambas pueden ser verdades. En consecuencia, están más preparados para la democracia. El hecho de ser comerciantes da libertad a la gente; si se quiere ser libre hay que concebir proyectos difíciles y seguirlos. Actuar por uno mismo, habituarse a una existencia de imprevistos y peligros, dormir con un solo ojo, poner atención a las amenazas y oportunidades. Todas estas condiciones son importantes para triunfar en el comercio, opina el sociólogo. Cuando se actúa así no interesa si se poseen minas de carbón o puertos. El éxito está en la propia personalidad.

El ojo adiestrado del investigador capta todo. Se ve en la descripción de Manchester: detalla los treinta o cuarenta edificios industriales; las viviendas miserables; las calles que son como pantanos; los basurales. Y un nuevo infierno: aguas contaminadas, cloacas infectas, explotadores y explotados.

Pero comprende que desde ese lugar inmundo corre el oro. O, como dice Eric Hobsbawm, de esas acequias turbias y de la Revolución Francesa nace la época moderna.

Winston Churchill decía que era mejor que lo cuelguen a uno en Londres a vivir en Manchester en aquella época. Charles Dickens es un clásico de la descripción de esta ciudad industrial, lo mismo que Federico Engels en *La clase obrera en Inglaterra*.

Recuerdos de la revolución de 1848

En un diario íntimo, Tocqueville ha narrado, como estadista y como político en Francia, las vicisitudes de su vida pública, criticando aspectos de su época, evaluándolos, y riéndose de sí mismo que es una excelente terapia.

Estos aspectos desconocidos, los ha recopilado y prologado Luis Rodriguex Zúñiga en *Recuerdos de la revolución de 1848* (Editora Nacional, Madrid, España, 1984).

El prologuista destaca que el éxito de Tocqueville es no sólo por el "descubrimiento de América", sino por el estudio de la democracia. Beaumont, su amigo, con el cual trabajó, tomó otra línea. En 1835 publicó una novela *Mary o la esclavitud en Estados Unidos* que casi no encontró lectores mientras el autor de *La Democracia en América*, cosechaba su triunfo en el plano internacional. Algunos autores destacan que la importancia del trabajo de Alexis de Tocqueville es que describió aspectos relacionados con el futuro de la humanidad. Para no destruirse la sociedad debía ver el porvenir. El totalitarismo destruye, las dictaduras terminan mal.

Los recuerdos son interesantes porque revelan la faceta desconocida del autor de *La democracia en América*, su labor como político. Rodriguex Zúñiga plantea que en él hay descripciones de las sociedades en concreto, de acuerdo a sus protocolos de investigación, a sus opiniones. Este material lo procesa en un momento dado de países como Estados Unidos, Inglaterra, Irlanda, o el sur de Italia, pero, por encima del trabajo empírico, también encara modelos de sociedades, que por supuesto tiene basamento en la realidad. No sólo se dedica al pasado y al presente sino que proyecta líneas más largas. En Estados Unidos destaca la democracia social (entendida como igualdad de oportunidades), y la democracia política encarnada en la participación en todos los niveles. Observa, por ejemplo, que hay muchos cargos electivos en las comunas. El único principio es el de la mayoría que debe respetar a la minoría y en esto interviene la justicia.

En esa época en Europa el hombre común era juguete de los acontecimientos, no participaba en lo público. Alexis de Tocqueville se dedica no sólo a América sino a Francia. Señala las causas del estallido de la revolución contra la monarquía, lo que conocemos como Revolución Francesa. La monarquía tenía una administración muy centralizada y ausencia de libertades. El Tercer Estado -los sectores burgueses medios y aun ricos- era importante y se registraba simultáneamente una decadencia de la nobleza.

La situación es similar a la que describe Lampedusa en *El Gatopardo*: decadencia de la vieja nobleza y ascenso de las aspiraciones de la bur-

guesia. Francia estaba llena de trabas administrativas e instituciones caducas. La falta de libertad generaba una inexperiencia en los asuntos públicos. El papel de los intelectuales en ese proceso fue importante. La Revolución Francesa abolió el feudalismo y los derechos de la aristocracia, y avanzó el Tercer Estado. Opina que la revolución trajo de golpe lo que en un proceso lento hubiera durado tiempo. Es decir que aceleró todo.

Concepción de los recuerdos

Tocqueville concibe sus recuerdos como una liberación del espíritu. Es un diario íntimo donde puede opinar y reírse de sus contemporáneos y de él mismo, no es un escrito para ser publicado. Piensa que la época comprendida entre las revoluciones de 1789 y 1848 es una lucha de las clases medias contra el antiguo régimen. En la revolución de 1830 había triunfado la clase media; en 1848 intervino la población obrera de París junto con los campesinos de los alrededores de la ciudad.

Señala que el gobierno se equivoca siempre si tiene a la vista los intereses de una sola clase, que las instituciones a las que estamos acostumbrados se pueden cambiar. "Temía mucho menos -dice al final- el peligro que la duda".

Algunos aspectos de Tocqueville inédito

En un trabajo que hizo en la Universidad de Yale, Tomás Fernández Auz (Revista Claves, número 85, Madrid, España, septiembre de 1998) escribe sobre una correspondencia inédita de Tocqueville. Su objetivo es mostrar el carácter del pensamiento de Tocqueville, desnudar cómo aborda la vida. La correspondencia revela el núcleo conceptual de pensamiento, un núcleo o epicentro motor de las ideas, un hilo conductor. En esa carta se evidencia que lo que analiza Tocqueville -y que se reflejará en *La Democracia en América*- no es una cronología, ni sólo hechos ordenados, sino una profunda interpretación de los mismos. El es consciente de que la historia requiere una interpretación, una narrativa. Tocqueville ha sido considerado con justicia precursor de la moderna sociología. La forma de enfocar el sujeto, manteniéndose cerca de la realidad empírica, es grata al sociólogo. Pero también tiene una perspectiva filosófica. Le interesa el modo de ser de una sociedad.

En el segundo tomo de *La democracia en América* advierte la interrelación entre la sociedad y el individuo. Fernández Auz nota que en los trabajos de Hegel se plantea la afirmación, la negación y la síntesis. En los de Tocqueville, la contradicción cuyo resultado no puede ser

pronosticado. La historia es un movimiento bajo permanente amenaza de inestabilidad; es el difícil logro de voluntades encontradas.

Hace responsable a la sociedad, a la política, de los resultados de las acciones. Es decir que marca la libertad de nuestra construcción y de los avatares de la misma.

Rasgos distintivos de Tocqueville

Su correspondencia americana es el reflejo del enorme trabajo de investigación y de asimilación. Sabe que la realidad no responde si no se la interroga y prepara el cuestionario de acuerdo a las hipótesis que ha formulado. Pero aunque se piense que su construcción es monolítica, no es así. Ha erigido el monumento de su saber sobre Estados Unidos, piedra a piedra. Sabe de la lentitud que a veces lo detiene y de las dudas que lo asaltan a cada rato. Capta el mecanismo central de la democracia americana. Y esa evidencia es sociológica y política. Una de sus explicaciones es que han fundado las comunas antes que el Estado, lo que desde el comienzo ha derribado al "demonio centralizador". Pero sabe que la esclavitud es un mal que penetra en parte del cuerpo americano y pronostica, de alguna manera, las luchas que vendrán porque este hecho crea una contradicción insoluble.

También hace notar que si se violan las libertades garantizadas por la ley en el sector más avanzado, se aplica la ley del Tali3n, de ojo por ojo y diente por diente. Existe, adem3s, la pena capital, porque el que viola el pacto social no merece vivir.

Tocqueville trata de investigar en la madre patria, en Inglaterra, algunos de los rasgos de la sociedad americana. Descubre elementos parecidos, pero cada sociedad se desarrolla luego de acuerdo a sus características. Tocqueville es capaz de ver las contradicciones de Inglaterra sumida en la Revoluci3n Industrial que crea, por un lado, grandes riquezas, y por el otro, pobreza y miseria indecibles que describe con precisi3n. Capta el empirismo ingl3s y americano y constata que en la teor3a los franceses tienen m3s desarrollo en ese tiempo. El m3todo comparativo ocupa un lugar importante en este estudio profundo.

Para darse cuenta de la dimensi3n de su labor basta ver, por ejemplo, la edici3n Gallimard de sus obras completas. Consta de XVIII tomos de los cuales el primero est3 consagrado a la democracia en Am3rica; el II al Antiguo R3gimen y la Revoluci3n de Francia. El III contiene sus discursos pol3ticos en Francia y hay tomos enteros de correspondencia, de descripci3n y an3lisis de viajes, de recuerdos. Hay una cantidad muy grande de biograf3as, de datos de su vida y de su obra. En Estados Unidos e Inglaterra la obra de Tocqueville ha tenido una gran acogida. En Sudam3rica, Sarmiento, como vimos, a3ora no posee su metodolog3a para escribir sobre la Argentina.

Hegel y el dogmatismo

Georg Wilhelm Friederich Hegel nació en Stuttgart. Su vida se extiende entre 1770-1831 en una Alemania dividida en decenas de pequeños Estados. A través de algunos de sus contemporáneos o posteriores tratadistas elaboramos la idea de un trabajador tenaz, de intelectualidad pura, sin vida exterior, sin encanto ni simpatía, amigo del orden.

Los que han estudiado su vida más a fondo, como lo ha hecho Jacques D'Hont(1), explican que este tipo de descripciones son una caricatura de la vida de Hegel. El vivió -como muchos de sus contemporáneos- una vida difícil, en medio de las ansiedades, de las guerras, entre ellas las napoleónicas que conmovieron Europa. Como Goethe, era lector de diarios y revistas en varias lenguas. Solía decir que la lectura de los diarios era su oración matutina. Estudió en Tubingia, fue profesor, contratado por familias, en Suiza y en Francfort. Observó con atención muy concentrada los dramas de la Revolución Francesa y de la Restauración. Consideraba que la Revolución Francesa era el fenómeno más significativo desde la aparición del cristianismo. No es de extrañar que Goethe y Hegel, fueran también admiradores de la revolución, pero inclinados al ala más moderada.

Era hijo de un funcionario de gobierno más bien modesto, especializado en finanzas. Hizo estudios teológicos. Estuvo en la famosa fundación protestante Stift que tenía, en sus planes de estudio, la cultura universal. Sus amigos más cercanos eran el poeta Friedrich Hölderling y el filósofo Friedrich Schelling. Aprendió allí latín, griego e historia. Estaba al tanto de los estudios filosóficos de su tiempo. Participaba en los bailes de máscaras, amaba la buena mesa. Cuando podía iba al teatro y a los conciertos. Consideraba a Emanuel Kant como un jalón obligatorio en cualquier formación filosófica, aunque lo creía superado por la filosofía posterior.

Luego de la enseñanza privada se encamina a la ciudad universitaria más respetada que era Jena. Allí lo encuentra la invasión napoleónica de 1806. Hay que pensar que Napoleón daba derecho de saqueo a sus tropas luego de la victoria.

Hegel tuvo que abandonar su casa llevando los manuscritos de *La Fenomenología del espíritu*. No dejó de alabar por ello a Napoleón que despertaba a la Europa que seesteaba. El Gran Corso encarnaba, para él, el espíritu del mundo a caballo. En ese momento recibió la ayuda de Goethe que estaba en Weimar, cerca de Jena. Napoleón tenía por Goethe alta estima. Hegel hizo periodismo y luego pasó a ser director del gimnasio de Nüremberg. Por esos años se casa, tiene tres hijos; comienza a redactar *La ciencia de la lógica*. Entre 1816 y 1818 fue profesor en

Heidelberg. En 1817 accede a la Universidad de Berlín. El célebre Alstenstein, el reformador de Prusia luego de las derrotas que le infligió Napoleón, le ofreció ese puesto porque apreciaba las innovaciones introducidas por Hegel. Pero muchos conservadores no le perdonaban su inclinación por la Revolución Francesa, por Napoleón y su oposición a la Santa Alianza. Sus relaciones con personalidades de la época estaban inscriptas en los libros policiales.

Viaja a Holanda, Viena, París y Praga. Muere en una epidemia en 1831.

Se preguntó en varias ocasiones por qué los franceses habían pasado de la teoría a la práctica y no los alemanes, que se quedaron en la abstracción teórica. Afirmaba que la filosofía de Kant contenía, de hecho, la separación de teoría y práctica que él no compartía. Consideraba que Kant dominó el idealismo y que era enemigo de la fluidez, de la sutileza y de la gracia. Su defecto fue no admitir lo objetivo.

Para Hegel la acción supera la idea subjetiva. No se puede separar el sujeto del objeto; hay contradicciones que se mueven y se resuelven; el mundo cambia de base, de estructuras. No hay nada fijo.

Creía que el género humano avanza titubeando, como un ciego y que la historia es un drama. Hay que comenzar el análisis por el error, sin ese procedimiento no hay progreso.

Plantea que las cualidades que se desbordan pueden llevar a la pérdida. Napoleón exagera sus conquistas, la guerra permanente. En nuestros días Paul Kennedy observó que cuando los imperios extienden demasiado sus líneas terminan debilitándose.

Hegel rehúsa partir de lo absoluto de la noche donde todos los gatos son pardos. Nada se puede construir cuando el punto de partida es una ausencia de conocimiento. Tiene una tendencia a lo concreto, como cuando analiza el trabajo y estudia los problemas contemporáneos. En él predomina la razón sobre la intuición o el sentimiento. Parte del conocimiento que se emparenta con la ciencia cuyo método es dialéctico, explica Hegel. Pero esa dialéctica es del objeto y del sujeto. Es el planteo de la tesis, antítesis y síntesis, en un proceso inacabado y sin que el molde predomine sobre la realidad. No basta, según él, la sensación y la percepción, hay que llegar a la razón. A eso lo denomina inserción en el sujeto. Insiste en que la dialéctica no es sólo un método de pensar, sino la realidad misma. La lógica comienza con la teoría del ser -lo más universal y abstracto-. Si es negada se convierte en la nada. Pero luego viene la negación de la negación, que es el devenir.

En Francia Alexander Kojève, un autor ruso que escribió *Introducción a la lectura de Hegel* educó a una generación de filósofos y sociólogos franceses que no habían penetrado en el clásico alemán que dominó el siglo XIX. Con él estudiaron Jacques Lacan y Maurice Merleau Ponty, entre otros, y tuvo gran influencia sobre Raymond Aron.

La metodología de análisis de Hegel del dogmatismo

Hegel es difícil en muchos textos y abordable en otros. Por mi parte no me ha resultado fácil adquirir algunos conocimientos de este filósofo que para la izquierda fue fundamental; me ha sido útil en temas concretos. Por ejemplo, he revisado el abordaje del dogmatismo.

Jacques D'Hondt escribió la biografía de Hegel y también dio elementos de la interpretación histórica que seguimos. Sobre todo su libro: *Hegel filósofo de la historia viviente*. En este trabajo y en los clásicos del marxismo hay elementos suficientes para trazar las opiniones de Hegel en un tema clave. El tratamiento del dogmatismo está vigente en la izquierda y en el mundo en función de los acontecimientos posteriores a la caída del Muro de Berlín y de la URSS.

Cuando una civilización decae -dice Hegel- aparecen las ideas agonizantes, las instituciones carcomidas, los signos de decrepitud y letargo. Se acercan los proveedores del dogmatismo. El dogmatismo que desprecia el variado esplendor de la vida y se limita a postular la fatigosa repetición de la misma fórmula, el mismo color, el mismo esquema.

A esto Hegel le opone la vida, la novedad, el enorme apetito de la novedad. Por ello para él la Revolución Francesa sacó a la gente del aburrimiento. Para filosofar, opinaba, hay que haber perdido la vista y el oído, abandonar los puntos de apoyo y el buen sentido común. Es como arrojarse a un océano sin orillas.

Hegel comienza con una declaración: ¡Guerra eterna al dogma! Agrega que las ideas nuevas se degradan en dogmas. Pero hace una advertencia inicial: nos amenaza el peligro del dogmatismo antidogmático. En primer lugar no se puede combatir al dogma sin explicar las razones de su existencia. El dogma, en su estado naciente, al principio de una teoría nueva, es un momento necesario de la vida. Es que el pensamiento se encuentra amenazado desde que nace.

Según D'Hont, Hegel no explica el dogma por el interés de clase pero sí por la sed de dominio, por el egoísmo de los sacerdotes y de los feudales.

Hago un paréntesis para recordar que Aníbal Ponce, en *Educación y lucha de clases* cuenta que la casta sacerdotal egipcia tenía un nilómetro para medir las subas y bajas del río. Pero lo ocultaban y hacían una ceremonia religiosa para demostrar su poder, pidiendo a las aguas que suban o bajen.

Hegel desconfía de la expresión cristalizada. Gastón Bachelard decía que las ideas son cárceles de larga duración. Cabalgar la realidad no es sencillo porque es dinámica. Los conceptos no se adaptan a la realidad como un guante. Además, cuando algo que fue bello y grande cae hay que luchar contra la melancolía y el hastío que puede originar ese cavilar. La meditación es buena pero la cavilación es mala.

El dogma se repliega cuando lo amenaza la fluidez de la vida, y adopta formas de resistencia. Hegel rechaza el dogmatismo y dice que hay que romperle el espinazo. Sin duda, razona, el intelecto debe perseverar un tanto en sus determinaciones. Si el pensamiento careciera de obstinación perdería su consistencia. Hegel aprecia el valor del dogmatismo en todo su desarrollo. No hubiera existido historia, anota, si los hombres y los Estados no hubieran confrontado. No hay drama si los héroes se arrojan unos en brazos del otro cuando cae el telón.

Pero el dogmatismo lleva a la ceguera, a introducir los problemas en un molde. A negar todo, sin razonar, a quedarse en lo de siempre. Sobreviene la decadencia, la rigidez y la muerte. Cuando el búho de Minerva levanta vuelo por la noche, para ver lo que sucede, constata la ruina de la civilización. Lo insalvable. Los dogmáticos no pueden percibir la realidad, no pueden pronosticar. Se dan cuenta cuando no hay nada que hacer. Se limita a postular la fatigosa repetición de la misma fórmula, el mismo color, el esquema de siempre. Hegel no era amigo de las montañas, por estáticas, en cambio admiraba por su dinamismo las cascadas, los saltos de agua. Enfocaba las transiciones, las crisis, las épocas de cambio. Prefería los trabajos de Hércules al sufrimiento pasivo. Desconfiaba del movimiento circular cíclico del perro que se muerde la cola. Escribía que el espíritu muere en las repeticiones. Si vive, jamás descansa. Creía que es inútil cultivar la melancolía, la tristeza. Las definiciones, para él, son necesarias pero insuficientes. En este ejemplo se ve su análisis complejo, dialéctico, matizado. Por un lado plantea que hay que defender la teoría naciente, que suele venir desnuda y con hambre. Es bueno, además, que el intelecto perdure en sus determinaciones: por tanto reconoce el valor del momento dogmático en todo desarrollo. Pero, al mismo tiempo, alerta contra los que se quedan, se atrasan, y son atrapados por la muerte. Por ello termina *Lajenomenología del espíritu* con el búho de Minerva, la Diosa de la sabiduría, que llega tarde a los acontecimientos, y no hace más que anunciar la ruina de una civilización. Debía haber estudiado el proceso y madrugado, anunciando los peligros y las medidas a adoptar para superarlo.

(1) Jacques D'Hondt, *Hegel. Jüósofo de la. historia viviente*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1996.

Stendhal (1783-1842)

Cuando Stendhal murió dejó tras de sí numerosos misterios. No había sido alguien demasiado conocido pese a *Rojo y Negro* y *La cartuja de Parma*, sus grandes novelas editadas en vida. No tuvieron la misma repercusión sus trabajos, en gran parte de recopilación del arte en Italia o los cuentos italianos donde recoge mucho de lo acontecido a personajes y familias varios siglos antes. Tampoco fueron apreciados los relatos de sus viajes por las principales ciudades italianas.

Al revisar la casa un sobrino suyo, que fue su albacea testamentaria, encontró unos sesenta volúmenes. Los llevó a la biblioteca de la ciudad natal de su tío, en Grenoble, y ahí durmieron 40 años, cuando de casualidad, para no aburrirse en la ciudad, los revisó un literato polaco y encontró el tesoro de los inéditos escondidos de Stendhal y se encargó de publicar algunos. Por azar también se halló en el cementerio de Montmartre, que se estaba rehaciendo, una tumba rara de un italiano de Milán que resultó ser de Henri Boyle, el verdadero nombre de Stendhal, que es uno de los seudónimos que utilizó, el más conocido dentro de 200 que también lo representaron.

Su correspondencia no estaba nunca fechada ni venía del lugar que decía, salvo excepción. *La cartuja de Parma* fue conocida inédita sólo por Balzac que la comentó entusiasmado en un libro de más de 70 páginas. Lo que Honorato de Balzac escribió se leyó mucho pero pocos se acercaron a la obra de Stendhal que no se entendió porque fue un precursor de la novela psicológica. El mismo predijo que su obra se apreciaría cuarenta años más tarde, cuando los estudios de ese tipo tuvieran auge. Su diario íntimo fue llevado con meticulosidad, con prolijidad, captando velozmente sus sentimientos, para que no se escaparan porque eran la materia primordial para la construcción de su obra. Sabía, por su práctica, que si pasaba el instante fugitivo, sus sentimientos desaparecerían perdiéndose para siempre en los arcanos de su personalidad.

Stephan Zweig, en su biografía de Stendhal, comenta que pocos han mentido tanto, utilizado tantos disfraces y máscaras, o han ocultado su trayectoria como Stendhal. No sólo evita su nombre sino que señala, en el prólogo a *La cartuja de Parma*, que fue escrita en 1820 cuando en realidad salió a la luz en 1838. En su autobiografía dice haber estado en una batalla a la cual en realidad faltó. Era un hipersensible, lo que era malo para el ambiente francés, más racionalista y frío pero se encontró bien en Italia donde la emoción corría por todos los cauces. Así era la muy compleja personalidad de este autor. La era napoleónica que se fortalece desde el Consulado, a principios del siglo XIX, y se afianza con

la coronación del Emperador en 1805, inmortalizada por David, lo impresiona y lo hace vivir episodios no soñados en Europa, escenario de la aventura del Gran Corso que, al decir de Hegel, vino a despertar a la Europa adormecida.

Cuando Boyle era un adolescente entra al ejército napoleónico, como auxiliar, no como combatiente. Un primo estaba cerca de Napoleón Bonaparte. Por ello lo vemos en 1800 en la retaguardia del ejército napoleónico con el que en 1801 entra en Milán donde Bonaparte produce una revolución en la sociedad. Lleva en ese momento los ideales de la Revolución Francesa, en cuanto al reparto de tierra, la abolición de prebendas de la iglesia. Stendhal describirá ese proceso con toda su sensibilidad y capacidad de retratista de todos y de sí mismo. Ante la entrada del ejército napoleónico, compuesto de jóvenes de 20 años o poco más, los hombres huyen de Milán. Se establece, de hecho, una sociedad diferente. Los soldados encuentran sus amantes; se junta la sangre francesa con la italiana. Luego de la caída de Napoleón vendrán de nuevo los austríacos. Pero la huella queda en las costumbres, en el recuerdo, en los hijos de franceses e italianas. Es como en Alemania. Las provincias donde nacieron Marx y Engels, la parte renana, cercana a la frontera francesa, también tienen esa mezcla luego de la ocupación francesa. Pero en el caso particular de Italia, en esa primera época, el avance de la Revolución Francesa, va contra todo lo medieval, atrasado, inyecta nuevas costumbres. Antonio Gramsci recuerda que sobre esto escribió un historiador italiano llamado Cuoco en 1801. Observando los cambios impuestos por los franceses en Italia en ese momento, comenta con asombro que fueron muy grandes pero, no obstante, se trató de una revolución pasiva. Porque había sido aplicada desde arriba con el ardor de los nuevos cruzados y la pasividad de los milaneses.

Justamente Gramsci tomó esa categoría de revolución pasiva para caracterizar aquello que no venía de abajo, del pueblo, sino lo que se aplicaba desde arriba en cada país, y adquiriría no una característica revolucionaria sino reformista y donde lo viejo se transformaba y no se barría de golpe.

Stendhal, o Henry Boyle, llegó a ser auditor del gran ejército napoleónico en 1809. Estuvo en la campaña de Rusia y llegó a ver Moscú en llamas. Por ello en sus novelas se revela esta epopeya napoleónica que luego extraña cuando vuelve la monarquía, la vida gris, cuando no se puede nombrar a Napoleón y no existe la enorme movilidad social que implicó la aventura del Gran Corso, cuando cualquier soldado tenía en su mochila el bastón de Mariscal, porque ascendían en el campo de batalla. La epopeya que limpió los establos con un trabajo a lo Hércules, había pasado. Quedaba la añoranza de los tiempos mejores para él. Luego volverá a Italia como cónsul alternando su estadía con idas constantes a París. En esos años escribe la historia de la pintura italiana, de

la música, relatos italianos, y comienza sus grandes novelas.

En la Introducción a *La cartuja de Parma* (Edición Anne Marie Reboul, Cátedra SA, 1998, Madrid, España) se lee que Stendhal era cónsul francés en Civita Vecchia, cerca de Roma. Viaja por Europa, y vuelve a París en el otoño de 1838. En Noviembre comienza *La cartuja de Parma* y la termina a fines de diciembre. Ha empleado en este trabajo -una de las novelas más importantes de Francia- menos de dos meses. En su vida su divisa es "Ni un solo día sin escribir", con inspiración o sin ella. Con la musa o solo. ¿Qué es lo que le permite esa hazaña en un libro que Italo Calvino considera un clásico?. Es evidente que en el viaje previo trazó las líneas fundamentales de la novela. Se había impregnado por entonces de relatos italianos de varios siglos, con sus tragedias y divertimentos; todo ello se insertó en su propia experiencia personal con no menos de quince romances en su vida, algunos felices y los más frustrantes. Mientras escribe su novela relee el Código de Napoleón, porque considera que es muy útil para algunas partes del libro, la precisa y breve redacción de ese tratado de derecho civil que debe incluirse como metodología para alcanzar la perfección y la sobriedad. Lo utiliza como una especie de manual de estilo. Stendhal gustaba de la precisión, de la lógica, ése era su costado francés.

Pero además están sus notas en el diario íntimo que reconstruyen cada uno de los instantes de su vida. Ese trabajo era el centro de los apuntes sobre sus sentimientos, emociones, ideas, sobre todo lo que había visto. No eran las cosas aisladas sino como él las veía o vivía. Esa era la masa primordial de la que se servía en el momento de escribir.

La introductora a la edición mencionada, Anne Marie Reboul, escribe que Stendhal almacenaba la vida en cuadernos para no olvidar. Entre ello, lo que hacía al tejido delicado de su sensibilidad en obras sobre pintura y música. Junto con los cuadernos había esbozos de libros, como *La vida de Napoleón* o *Luden Leuven* que no publicó en vida porque no había podido trabajar más el contenido y la forma. La crítica literaria considera que hay tres direcciones esenciales que rigen el marco de su obra: el conocimiento del norte de Italia, la disposición al amor, a gozar la felicidad que le produce y una práctica de la escritura centrada en el yo. A los 17 años está con el ejército napoleónico, más en tareas administrativas que de combate, aunque usa uniforme. En Italia se enamora de la pintura de Rafael y de Leonardo Da Vinci. En toda su trayectoria contará más que las cosas, las sensaciones que le producen. Dice Anne Marie Reboul que Stendhal se sale del racionalismo seco que hizo decir a Levi Strauss que Occidente perdió la posibilidad de ser mujer. Era la época en que comenzaba el positivismo francés, el cientificismo. El libro más conocido del escritor es *Rojo y negro*, publicado en 1830 y le sigue *La cartuja de Parma* de 1838. Siempre vuelve a Rousseau, su maestro.

Pese al predominio de lo afectivo, del yo, Stendhal no puede desprenderse por entero de su influencia francesa. Ama la matemática, el raciocinio y la lógica. Al igual que Goethe, tuvo gusto por la novela histórica, sobre todo de Walter Scott. Resonaría en sus oídos la exacta descripción de los caracteres y costumbres de los hombres en la Inglaterra invadida por los normandos de *Invanhoe*. Cuando escribe sobre Napoleón nada lo conforma. En *La cartuja...* esboza el gran croquis, como dice Anne Marie Reboul, de la epopeya napoleónica. El mito y la historia cabalgan juntos.

Rojo y negro es la crítica del siglo XIX. Admirador de Napoleón denuncia la chatura y la perversidad de la restauración de los Borbones que volvieron luego de la derrota de Napoleón, sin haber aprendido ni olvidado nada y establecieron un silencio inquisitorial sobre la vida anterior. Era un contraste inmenso en la vida de Francia en cuya historia se darán períodos abiertos de revolución y contrarrevolución. Recordaba Boyle la extrema movilidad social de la juventud que podía pasar de la humilde posición de empleado, trabajador, a Mariscal y en algunos casos a convertirse en reyes en distintas regiones. Luego ocurre la derrota, con el advenimiento de la Santa Alianza, el cierre del horizonte para la juventud, la vida tediosa, oscura o secreta frente a los castigos que infligía el régimen a quien mirara el pasado.

No sólo Balzac admiró a Stendhal, también Emilio Zola. León Tolstoi expresó que lo que sabía de guerra, lo que desplegó en *La guerra y la paz*, se lo explicó Stendhal que fue su primer maestro. Eso lo dijo en 1901 casi 60 años después de la muerte del escritor de *La cartuja...*

Giuseppe Tomasi Di Lampedusa en *Stendhal, Ficciones* (Península, Barcelona, 1977) opinó sobre el escritor francés a quien admiraba. Por supuesto que a Lampedusa le place el sentimiento tan favorable de Stendhal para los italianos. Hay que recordar que este sentimiento de Stendhal ha sido muy grato a los italianos, que lo han apreciado mucho. Italo Calvino se ha encargado de destacarlo, lo veía casi como un nativo.

Las consideraciones del autor de *El Gatopardo*, el célebre Lampedusa, son interesantes. Para él, todas las obras de Stendhal tienen una gran significación dentro de la literatura europea y universal. En sus *Paseos por Roma* Stendhal convierte sus cuadernos de viaje en una obra maestra. Era sin duda un viajero a cuyo ojo no escapaba nada pero, en este caso, hay que tener en cuenta el conocimiento de Italia, de toda la vida, y además su amor por la patria del Renacimiento.

Sus obras mayores, *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, se distinguen, dice el autor de *El gatopardo*, por su carácter poliédrico. Pueden ser consideradas novelas históricas. En ambas hay una evocación nostálgica de la época anterior. Es una descripción y un fino análisis con un halo de ternura de la época que precede al resurgimiento de

Italia, a su unidad nacional. Se ha dicho que hay mucho de Stendhal en el Julián Sorel de *Rojo y negro* y también en Fabrizio del Dongo, el personaje de *La cartuja...* que participa por un momento en la batalla de Waterloo donde se jugó el destino de Napoleón que había escapado de la isla de Elba pero no pudo hacerlo de Santa Helena, donde murió, presumiblemente envenenado.

"Si la vida no es una búsqueda no sería nada", es una frase del escritor francés que ha quedado en la memoria de Lampedusa. También Goethe decía lo mismo. Stendhal debe su reputación a sus condiciones de novelista psicológico en grado extremo; opinaba que la investigación no puede llevarse sin fatiga y eso requiere energía. Pese a las decepciones en la vida literaria, que se producen porque se adelantó a su época, tenía idea precisa de su valor y del reconocimiento lejano de sus cualidades de escritor, y no se equivocó. Es cierto que Balzac le tributó un gran homenaje. Pero no lo pudo introducir en una época que no era la suya desde el punto de vista literario.

Destaca el escritor siciliano que a Stendhal lo entusiasmaba más la búsqueda que la posesión. Luego analiza el estilo hecho de la lectura del preciso código de Napoleón y de su fina sensibilidad. La precisión, la claridad del lenguaje lo hace avaro en adjetivos. La otra cuestión referida a la prosa que utiliza y a su estilo es que Stendhal tiene la ventaja de poder componer en la mente y corregir, antes de llevar al papel. Su trabajo mental a veces se realiza en un viaje. La velocidad con que escribe después consiste en que transcribe lo que ha madurado en su cerebro. Esta es una rara cualidad que necesita un grado extremo de concentración y de memoria.

Lampedusa admira en Shakespeare y sin duda en Stendhal, la mezcla de lo trágico y lo cómico, la división en escenas breves. Destaca que la obra (no acabada) sobre Napoleón destila encono a veces y admiración siempre, acentuada sin duda porque luego se produce en Francia la restauración de los Borbones. Stendhal toma una frase de Napoleón para su propio uso: "la hora de los coraceros", es decir de la caballería armada de coraza. Cuando las posiciones han sido ocupadas en el campo de batalla, después de que la artillería ha hecho su trabajo de demolición y se han dispuesto las reservas, hay inquietud en las filas enemigas. Es en ese instante que Napoleón considera el ataque final diciendo que ha llegado "la hora de los coraceros". Es decir, el momento del ataque frontal. Cuando caen los Borbones en 1830, Stendhal es nombrado cónsul en Trieste y dice que para él también ha llegado "la hora de los coraceros".

Lampedusa se refiere, en otro pasaje, al retrato psicológico profundo de sus héroes que el escritor hace en *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*. Al terminar esta última, una de las obras más celebres de la literatura universal, Stendhal no tenía otra cosa que morir, dice Giuseppe de

44 - Los caminos de la creatividad 2

Lampedusa. Pero agrega que había muchos inéditos y otras obras por realizar. Siempre Stendhal estuvo buscando la perfección y la forjó en *La cartuja de Parma*.

Stephan Zweig

Pocos escritores alcanzaron entre las dos guerras mundiales la fama de Stephan Zweig, austríaco de nacimiento, judío, de familia de industriales. En 1942 se suicidó con su secretaria y segunda esposa en Petrópolis, la otrora residencia de los emperadores, cerca de Río de Janeiro.

Por entonces, yo cursaba el secundario y junto a algunos amigos encaramos un debate sobre su vida, su obra y su última determinación. Eso demuestra la difusión del escritor, aún entre jóvenes en la región más austral del planeta. Hoy existen biografías de Stephan Zweig y fundaciones que se dedican a él exclusivamente. En la década del cuarenta leíamos sus libros editados en Argentina, fundamentalmente su autobiografía *El mundo de ayer* (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1942). Aunque ahora hay ediciones más cuidadas, se puede decir que fue una de las guías esenciales para el conocimiento del escritor.

Nació en 1881, en Viena, centro de la monarquía austríaca y del imperio Austro-Húngaro, que parecía una fortaleza que duraría siglos. Sus padres vivieron en ese castillo de naipes, dice Zweig, como si fuera una casa de piedra. El castillo imperial era, por entonces, el centro de un mundo de ensueño, rodeado por las imponentes residencias de la nobleza. Cuenta con precisión lo que era la cultura musical y artística de Viena. La educación como ciudadano del mundo. Había conmociones en el planeta como la Guerra Anglo-Boer, y aún en los Balcanes, zona cercana, pero nada llegaba a esa ciudad, centro del arte y la literatura. Nuestro autor tiene una iniciación temprana en los círculos literarios y publica en la sección literaria del mayor diario de Viena, el *Neue Freie Presse*, lo que era todo un acontecimiento para el medio, su familia y amigos. El responsable de esas páginas literarias era Teodoro Herzl muy conocido después como fundador del sionismo. Este abogado y periodista famoso había asistido en París, como corresponsal, al juicio de Dreyfus. Las injusticias con ese militar de alta graduación, inocente a todas luces, conmovieron a Francia y Europa y tuvieron en Emilio Zola al gran defensor, con el alegato formidable del *Yo acuso*.

En sus comienzos literarios, Zweig tradujo obras de varios idiomas, para adiestrarse tanto en el dominio de las lenguas como en las literaturas de otros países. Ese fue un método apto, muy aconsejado por muchos autores para ejercitarse también en la propia lengua y en problemas de literatura. Viajó por Europa. En París conoció a Rainer María Rilke, el gran poeta alemán y pudo visitar a Auguste Rodin que le causó una impresión muy honda. En algún momento de la conversación Rodin hizo un retoque en la obra en que trabajaba y luego prosiguió en la

tarea, tan absorto que se olvidó de su invitado. Esa fue una lección para el joven Zweig. Este y otros episodios lo llevaron a buscar originales de obras de diferentes tipos; llegó a tener una colección de las más importantes de Europa. Esto le permitió internarse en los arcanos de la creación. Conoció a través de esos manuscritos el laborioso proceso en Balzac con siete u ocho pruebas corregidas a fondo, con agregados cada vez, lo que generaba un infierno en los correctores de la imprenta. Comprendió el muy trabajoso proceso de creación en Beethoven y la facilidad increíble de Mozart en la composición, lo que le sirvió para darse cuenta de que el genio depende del proyecto, del modelo, y no del trabajo que cuesta terminar el original. Luego todo esto lo reflejaría en sus libros.

Recorrió la India, Estados Unidos y Africa. Estos viajes y sus primeros éxitos literarios duraron hasta el 29 de Junio de 1914 cuando se produjo el disparo de Sarajevo que terminó con la vida del Archiduque heredero de la corona del Imperio Austro-Húngaro. Este episodio, sin ser la causa de la Primera Guerra Mundial fue el pretexto para su comienzo. La civilizada Europa se descuartizó como en una batalla entre caníbales. Como fondo estaba la lucha por el carbón y el acero, la fabricación de armas, las colonias. Anatole France diría de los pobres soldados que se morían en las trincheras, en la feroz lucha cuerpo a cuerpo, que creían morir por la patria y en realidad morían por los industriales. En un solo segundo se destruyó el mundo de la seguridad y de la razón. Surgió entre los participantes en la guerra, hasta ayer interlocutores válidos, un odio feroz. El nacionalismo hizo estragos. Antes de la guerra tuvo lugar el asesinato de Jean Jaurés, el gran dirigente socialista francés. Su credo pacifista era un obstáculo para aquéllos que propiciaban la contienda. Antes de las hogueras infernales, que todo lo calcinaron, Romain Rolland escribió su *Juan Cristóbal* donde llamaba a la fraternidad de los pueblos que luego se desangraron. Desde Suiza luchaba por la unidad de los intelectuales de todos los países contra la locura de la guerra. El grupo Ciarte dirigido por Henri Barbusse, combatía también con una orientación más a la izquierda.

Luego de la guerra Stephan Zweig publica *Jeremías, Tres maestros, Amok, Fouché*. Por entonces tuvo la fuerza de rehacer su mundo interior, su labor como escritor. Encuentra en Alemania al editor que durante treinta años cuidó y difundió su obra. Su nombre era Alfredo Walter Heymel. Pudo volver a viajar, conocer, comprar su gran residencia en Salzburgo, donde recibió a príncipes y personalidades notables que más adelante, en épocas del nazismo, le darían vuelta la cara. Allí estaba instalada su gran colección de originales.

Los inicios del nazismo en Austria, luego su anexión a Alemania, llevaron a la persecución del escritor y su familia. Se refugió en Inglaterra, donde no se lo trató bien, decidió emigrar hacia Estados Unidos, y de ahí a Brasil. Las autoridades pronazis de su país terminaron moles-

tando a su madre, ya anciana, y cuando ella murió no pudo asistir al sepelio. Por segunda vez se desmoronaba el mundo en que había vivido y escrito su obra. Revivió la escena de la quema de sus libros en Alemania. En su condición de judío sintió el cerco que se cernía sobre él. Muchos de los que habían sido sus amigos se alejaron. Era demasiado para ese ciudadano europeo.

Cuando conocí la vida y la obra de Romain Rolland pensé que este escritor y luchador por la unidad espiritual de Europa y contra la barbarie, resistió mejor las dos guerras, con más entereza que él. Era menos frágil. Pero luego razoné que el autor de *Juan Cristóbal* tenía raíces fuertes en Francia. Su libro *Colas Breugnon*, la historia de su abuelo bretón, plena de humor, muestra una estirpe robusta y arraigada. Además estuvo ligado a las fuerzas nuevas, a la izquierda. Sabía que había un combate y entraba en él con optimismo acerca del futuro. Eso sucedía en la imaginación de ese cuerpo débil pero lleno de fuerza insuflada por su espíritu. Pese a la contienda Romain Rolland siguió pregonando la unidad de los intelectuales de todos los países contra la guerra. Comprendí luego que no se puede hacer tamaña analogía y que había elementos históricos en la fragilidad de Stephan Zweig. Tampoco se puede juzgar desde lejos tan fácilmente. Era muy difícil entender la tragedia europea de las dos guerras. Los pueblos más civilizados de la tierra, los que habían alcanzado el cénit, se destrozaban sin piedad. Había escepticismo sobre la cultura y la educación. Aun en la izquierda, donde imperaba el lema del *Manifiesto Comunista*: "¡proletarios del mundo uníos!" como recordó Rosa Luxemburgo, parecía haberse cambiado la consigna por "¡proletarios del mundo entero: degollaos los unos a los otros!" Zweig no pudo tolerar el desprecio, que lo ignoraran aquellos que se decían sus amigos. No pudo soportar la indiferencia de Inglaterra hacia él, y que lo trataran con la frialdad que empleaban con los refugiados. Lo recibieron muy bien en Brasil, estaba agradecido, pero no pudo superar el exilio. Escribió allí: *Brasil país del futuro*, pero no tenía ya fuerzas para seguir viviendo. El medio europeo, sumido en la guerra, era todo para él.

Su método de trabajo y sus concepciones.

Primero se informa sobre lo que va a escribir. Utiliza sus documentos y los ajenos. Tiene la manía del coleccionista. Busca lo que necesita. Viaja a los lugares donde se desarrollaron los hechos. Y de ahí, con algunos hitos, orientaciones, parte a escribir lo que conoce, lo que razona, hasta agotar lo que piensa del tema. A partir de ese momento comienza el placer de la corrección, del tachado de frases inútiles, de hacer el material menos farragoso. Suprime para establecer conexiones

más rápidas, para acelerar el ritmo y atrapar al lector al que arrastra página tras página. Tiene aversión a la ampulosidad. Desde el inicio escribe todo, a chorro, no se detiene. El trabajo verdadero es condensar, componer, darle ritmo. Esa labor de supresión es su gran alegría. Critica a los escritores que quieren escribir todo lo que saben. Sólo la condensación conduce al drama. Su gran juego es corregir y tachar frases para obtener transiciones rápidas, prefiere el ritmo avasallador de sus libros. El ritmo de los trabajos de Zweig puede verse en *María Antonieta*, en *Amok*, y mucho en *Momentos estelares de la humanidad*. Por ejemplo en la descripción de la batalla de Waterloo, el último suspiro de Napoleón en el continente. Admirables son los retratos de Erasmo, de Romain Rolland, de Fouché como el genio tenebroso que siempre sale parado en la época de los jacobinos, de los girondinos, de Napoleón, o la vuelta de los Borbones. En eso se asemeja a Teyllerand, que fue ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón y de los Borbones. Además se puede observar esto en *El mundo de ayer* su autobiografía escrita en 1942, que es su libro postumo y redactado con los datos de la memoria, sin ningún documento. Siempre he creído que su error principal era la idea de que el hombre mediocre hace la historia. Este pensamiento es muy claro en la pintura de Waterloo. Allí hay dos grandes en pugna: Napoleón y el inglés Wellington. Grouchy, un mariscal hecho desde abajo, valiente, con experiencia, obedece ciegamente las órdenes de Napoleón. El Emperador le ordena perseguir y derrotar al ejército prusiano al mando de Blücher para impedir que este refuerce a sus aliados ingleses. Grouchy lo persigue y no lo encuentra. Mientras tanto hay cañonazos del lado de Waterloo y el Estado Mayor le pide que vuelva. El se niega, tiene en su mente la orden del Emperador. El sigue mientras Blücher vuelve al campo de batalla en auxilio de Wellington. Esto decide la derrota definitiva de Napoleón. Grouchy regresa con su división, todo está en silencio, la batalla ha pasado, se dirige a París donde es recibido con honores y se lo nombra mariscal en jefe de las fuerzas francesas. Es el mediocre del que escribió José Ingenieros que arruina todo y decide la historia. Sin duda tiene razón en este episodio. Pero el destino de Napoleón estaba determinado porque Francia se había agotado con las guerras; la Santa Alianza era un hecho en razón del cambio de la correlación de fuerzas y en parte provocado por el auge del sentido nacional de los países atacados por el Gran Corso.

Aun en el error, a criterio de muchos, el espectáculo presentado por Zweig en algunos de sus libros es de tal brillantez y tan didáctico que ha dejado su huella honda en la literatura que hoy lo valora en toda su dimensión. En 1992 se reunieron en Salzburgo 120 escritores para el 50° aniversario de su muerte. Para los presentes fue un luchador por la Paz. Su primer poema, *Jeremías*, así lo expresa. Se refleja todo ello en la colaboración y la correspondencia con Romain Rolland. La comunica-

ción mantuvo vivos a los espíritus afines durante la contienda mundial; pese a las dificultades, sobre todo, para él, en la guerra del 14. En el coloquio se lo consideró un intelecto sensible con visión del futuro. No sólo fue expulsado de su patria, sino también del ámbito de la lengua alemana, la suya, y sus libros fueron quemados en las hogueras que encendía el nazismo. Gran parte de los escritores alemanes o austriacos expresaron que la lengua alemana no produjo un escritor de la perfección y versatilidad de Stephan Zweig. En su vida presencié la destrucción de Austria, con la decadencia de la Viena que tanto amaba. En medio de ese drama no perdió su independencia. Pero no pudo resistir todos los embates y decidió irse del mundo, no sin antes agradecer en carta a Brasil que tan bien lo había acogido, y de enviar una notificación a los amigos sobre la decisión final. Su cultura era europea, occidental, cosmopolita. Y es verdad. No soportó que la Europa civilizada volviera a la locura de la guerra ni la destrucción de los valores que se produjo en la propia patria y aún en Alemania misma, donde tenía su editor y cientos de miles de lectores, un éxito raramente alcanzado por un escritor.

Jean Monet, el gran motor de la forja de la actual Unión Europea, en sus últimos años de vida, pensaba que si se volviera al pasado para reconstruir Europa como unidad, el primer paso que habría que dar no era en el orden de lo material, sino de los valores y la cultura.

Aníbal Ponce

Entre mis primeras lecturas para forjar una concepción del mundo, figuran Aníbal Ponce y José Carlos Mariátegui. A través de ellos percibí el ángulo de interpretación marxista referida a nuestros problemas.

Ambos murieron jóvenes, en plena producción intelectual y política en el caso de Mariátegui. Provenían de naciones muy diferentes lo que explica la diversidad de temáticas. Los unía una gran vocación de servicio y una notable prosa de diferente estilo pero de una riqueza que asombra. En Mariátegui aparece el hombre político desde sus crónicas europeas, sus conferencias, su trayectoria al lado de Víctor Raúl Haya de la Torre y su separación posterior. Mariátegui se adentró en la realidad de su país con *Siete ensayos sobre la realidad peruana* que es un ejemplo de aplicación marxista a una realidad concreta. Creó el Partido Socialista, que adhirió luego a la Tercera Internacional y la Central de Trabajadores del Perú. Envío trabajos a varios encuentros internacionales de política socialista realizados en América Latina, pero no coincidió con la orientación dogmática que le había impuesto la conducción de Stalin. Pero eso lo veremos en el capítulo que le dedicamos a él. Ahora es el tiempo de Aníbal Norberto Ponce.

Aníbal Ponce estudió unos años medicina para conocer el funcionamiento cerebral y luego cursó Psicología que sería su profesión. Durante muchos años ejerció la docencia y escribió numerosos ensayos sobre su especialidad. Muchos de esos trabajos corresponden a la psicología general, la psicología infantil, de la adolescencia, como los de *Ambición y angustia de los adolescentes*, el *Diario íntimo de María Bashkirtseff*. Escribió también crónicas de viajes durante los cuales visitó a eminentes neurólogos que trabajaron sobre la histeria como Jean Martin Charcot, al que había frecuentado Sigmund Freud en su tiempo. Hay muchos elementos de estos estudios en *Gramática de los sentimientos* así como en los retratos de prohombres nuestros como en Nicolás Avellaneda, Eduardo Wilde, Domingo Sarmiento, Lucio V. Mansilla y apuntes sobre José Ingenieros, con quien compartió muchas de sus inquietudes. Recordemos que Ingenieros era un eminente psiquiatra, historiador y sociólogo, un líder de la juventud y la intelectualidad, identificado con las posiciones antiimperialistas en América Latina. No entro en las consideraciones sobre las orientaciones psicológicas de Ponce que muchos han tratado. Partidario de la Psicología evolutiva, no estuvo de acuerdo con Freud.

Como lo demuestran sus trabajos sobre la Generación del 80 recogidos en *La Vejez de Sarmiento*, fue un escritor precoz. Ejerció la crítica

literaria en un país donde desde la década del 80 del siglo XIX hasta 1930 predominó un modelo exitoso, y la Argentina de la inmigración europea se parecía más a Europa que a Latinoamérica.

Como decía Ortega y Gasset, conviene estudiar el hombre y sus circunstancias. Eso lo había señalado el maestro español en Buenos Aires, en conferencias en la década del 20. En referencia al humanista Vives, discípulo de Erasmo, comienza a describir algo de su biografía. Entonces dice escuetamente: Vives. Sevilla, 1500. Ahí se encierra la mitad de la biografía.

Héctor Agosti sitúa bien el problema de Aníbal Ponce en la biografía que le dedicó bajo el título *Memoria y Presencia* que prologa las obras completas que él recopiló con la ayuda inestimable de su hermano Carlos Agosti.

La vida de Aníbal Ponce se extiende entre 1898 y 1938. Las huellas de su familia se pueden rastrear desde la Revolución de Mayo. Un antepasado suyo fue procurador en el estudio de abogado de Mariano Moreno, el Secretario de la Primera Junta y figura ilustre de esa revolución. Su padre que se radicó en Dolores fue un admirador de la ciudad de Buenos Aires y de la llamada Generación del 80. Aníbal Norberto se educó en el Colegio Nacional de Buenos Aires y adquirió notoriedad desde muy joven con los retratos literarios de Nicolás Avellaneda y Eduardo Wilde en los juegos florales y otros concursos que se realizaban en su época.

Fue muy importante en su vida el encuentro con José Ingenieros con quien colaboró, como vimos, en la hoy célebre *Revista de Filosofía*, cuya dirección ejerció después de la muerte del autor de *Las fuerzas morales*.

Colaboró en revistas; con libros, escribió *La Vejez de Sarmiento* y luego *Sarmiento Constructor de una nueva Argentina*. Fue profesor de psicología; conferencista memorable en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Lo sorprende el golpe de Uriburu y la crisis del 30, cuando se abre la puerta de la Argentina militar, que marcará sesenta años de golpes o amenazas de levantamiento que, casi sin intervalos, signaron nuestra vida política hasta los años 90 del siglo XX. Por ello Héctor Agosti denomina al golpe del 30, el Gran Tajo. Hasta ese momento, y con muchos sobresaltos, la Argentina había tenido una sucesión de gobiernos civiles desde los años 80 del siglo XIX. La Ley Sáenz Peña reglamentó en 1912 por primera vez en nuestra historia los derechos de la mayoría y la minoría. Especialmente la década del 20 del siglo pasado, fue de florecimiento no sólo económico sino cultural.

Ponce había estudiado unos años de medicina para comprender aspectos de la anatomía, la histología y la fisiología cerebral antes de estudiar psicología que respondía a su vocación profunda. A fines de la década del 20 tiene contacto con el marxismo y comienza a rever muchos aspectos de su vasta cultura y sus enfoques anteriores. Eso se nota en

las conferencias que dio en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en sus escritos, hasta que en la década del 30 fue privado de sus cátedras y decidió exiliarse en México, donde desarrollaría una labor meritoria en corto tiempo, antes de su muerte en un accidente, a los 39 años.

Si bien participó en el movimiento antiimperialista y en pro de la paz en el mundo, no tuvo militancia política directa. Todas sus labores se desarrollaron en los ámbitos culturales donde su accionar fue profundo y su huella duradera.

Durante gran parte de su vida desarrolló su actividad en el ámbito de la psicología, como profesor y autor. Muy joven realizó una investigación sobre la base de estudios cerebrales para una monografía. Ponce nos ha dejado sus grandes cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores. En primer lugar *Educación y lucha de clases* que sigue reeditándose hasta nuestros días, así como sus conferencias recopiladas con los títulos *De Erasmo a Romain Rolland* o *Del humanismo burgués al humanismo proletario*. Lo mismo que *El viento en el mundo*, donde está su extraordinario trabajo *Examen de la España actual* que traza un esquema general asombroso del desarrollo de ese país hasta el momento de la comuna de Asturias en 1934. Además hay otras numerosas conferencias, diarios de viaje, y sobre todo un tomo que recopilan los hermanos Agosti sobre los autores y los libros. Es inmensa la labor realizada por Ponce, que ha sido uno de los grandes prosistas de la lengua castellana.

Recordaba que Rubén Darío le dio a las letras españolas suavidad de seda y ligereza de alas, algo que podría ser atribuido a él mismo. Hay pasajes emocionantes en *La vejez de Sarmiento* y en la biografía sobre el sanjuanino, como el capítulo dedicado a Paula, la madre de Sarmiento, *El telar bey o la higuera*. De una gran riqueza literaria es su semblanza sobre Avellaneda o su biografía de José Ingenieros.

En México creó la revista *Dialéctica*. No tenemos los datos directos de cómo estudiaba y escribía. Pero cuando uno examina el trabajo bibliográfico en varios idiomas, con profusión de fuentes, tanto para las obras de psicología como para las conferencias del Colegio Libre, se comprende la colosal tarea de investigación, lectura, fichaje y análisis.

Sin duda las conferencias y cursos han sido un gran motor a lo largo de su vida. Un ordenador formidable de sus grandes conocimientos. Lo mismo podemos decir de sus comentarios de libros o sus artículos en la *Revista de Filosofía* que editó bajo la dirección de Ingenieros y luego bajo su responsabilidad. Existe una excelente edición de esa revista realizada por la Universidad de Quilmes, al cuidado de Oscar Terán.

Sarmiento constructor de una nueva Argentina es un libro por encargo. Escrito con belleza y soltura, es un ensayo que sigue toda la vida del sanjuanino. Entre la escritura y el ensayo, el relato de viajes, las conferencias que se transforman en libros, la labor es enorme. Mantuvo,

asimismo, una gran correspondencia. La lucha ideológica que se desarrollaba en el plano mundial y nacional en aquellos años, fue otro motor para este intelectual altamente dotado.

Sus ideas sobre el mundo, la proximidad de la guerra mundial, el avance del fascismo, suscitaron innumerables trabajos. Aníbal Ponce fue para su época el marxista más culto de América Latina. Y ello porque con una orientación marxista y una información sobre la teoría logró, gracias a su impresionante cultura de base, abordar problemáticas fundamentales como la educación o el paso del humanismo a otro estadio más avanzado. La edición de algunos de sus ensayos especialmente en América Latina muestra la vigencia de su obra. Era un estudioso nato de los que investigan lo que está a su alcance, en diferentes idiomas y que utilizan todo en interpretaciones y ensayos de belleza y agilidad extraordinarias. Contó a lo largo de su trayectoria con la ayuda, el cariño y el criterio de su hermana Clara.

Con las revoluciones del siglo XX, lo que ha estado en el tapete ha sido la discusión de las vías de la revolución, la estrategia y la táctica y los aspectos sociológicos referentes a América Latina.

Era lógico que emergieran algunas figuras como Mariátegui, que fueron estudiosos de la realidad de su país o que pelearon concretamente por la constitución de una izquierda que tuviera una gran base de análisis de la realidad nacional. Los ensayistas que se ocuparon de las revoluciones alcanzaron lugares de privilegio. Y a partir de la revolución cubana, verdadero parte aguas, punto de inflexión en la historia de América Latina, los dirigentes revolucionarios como El Che Guevara y Fidel Castro se convirtieron en paradigmas de los nuevos tiempos.

Ante la contundencia de estas acciones y el carisma de estos líderes, algunos trataron de dejar en segundo plano a esas figuras que antes trabajaron por la difusión del marxismo en un aspecto más universal y en lo cultural. Pero hoy no importa sólo lo inherente a las fuerzas y relaciones de producción, o los problemas políticos, sino los ideológicos, los valores, los análisis, la cultura.

Siempre consideré un error comparar a Mariátegui con Ponce o con José Antonio Mella. Aníbal Ponce fue de alma un espíritu progresista, revolucionario en sus concepciones, pero no un militante de partido, sino un revolucionario en el terreno que eligió. Además era un psicólogo, un profesor, un ensayista. Murió joven. Como siempre la derecha que lo privó de sus cátedras en la nefasta época del 30, trató de sepultar su figura. Como la de José Ingenieros. A esto se suma la labor de algunos intelectuales que miden todo por la comprensión del problema nacional o por la actuación revolucionaria.

El método comparativo debe abarcar no sólo las semejanzas sino las profundas diferencias, de lo contrario no es válido. Debe distinguir militantes revolucionarios de la gente progresista, de los estudiosos, de los

que aportaron en ese plano tan difícil de las ideas, sin mezclar prácticas distintas pertenecientes a ámbitos diferenciados.

Oscar Terán que tiene muchos méritos en el análisis de tantos problemas nacionales, en la selección y ensayos sobre José Ingenieros, o de la *Revista de Filosofía* que dirigió Ingenieros y luego Ponce, no acertó a mi criterio en sus notas *Aníbal Ponce: ¿El marxismo sin nación?* (*Cuadernos de Pasado y Presente*, Siglo XXI, México, 1983).

Pretender que Ponce analizara todos los problemas como Mariátegui, o no ver su significación cultural porque él hubiera querido otro rumbo de Ponce, lo que es humano sin duda, no le permitió transmitir una concepción integral de este gran maestro argentino. Y como hay autoridad y cátedra en Oscar Terán, el resultado es desfavorable para Aníbal Ponce. En un número especial de *Nueva Sociedad* en el centenario de la muerte de Marx (1977), hubo opiniones diversas. El Che Guevara no vivía por supuesto pero reprodujeron un artículo suyo de la época del 60. A él no le gustaba el trabajo que Marx había hecho sobre Bolívar, tampoco lo que había escrito sobre los mexicanos en la década del 40 del siglo XIX, donde decía que la anexión de territorios de México a Estados Unidos, les sacaría la haraganería a los mexicanos, aunque esos enfoques fueron modificados por Marx a la luz de lo que significó más adelante la lucha anticolonialista. En cambio Guevara consideraba que los elementos económicos y sociales que da Marx, su teoría, son una herramienta extraordinaria para interpretar y corregir el curso de los procesos revolucionarios de América Latina.

En un trabajo sobre *Marx y América Latina* José Aricó piensa que algunos conceptos de Marx sobre América Latina, no eran correctos. Se basa en que era distinta la comprensión del Estado en América Latina y Europa. Mientras que en Europa la sociedad civil, ya desarrollada, fue moldeando el Estado, en América Latina fue bajo los ejércitos libertadores que se creó el Estado y luego se forjó una sociedad civil. Pero conociendo la obra de José Aricó sobre Marx, nadie puede dudar de su admiración por la obra del maestro, aunque muestre algunas de las limitaciones con conceptos útiles para nosotros.

En la selección que Terán hizo de Ponce elige algunos escritos sobre la Generación del 80. Creo que el debate de la Generación del 80 está pendiente todavía respecto a las bases de la educación y la cultura en nuestro país, o la formación de la Nación. Yo he escrito algunas veces sobre esa Generación, respecto de cómo entregaron el país. Pero creo que eso no arroja toda la verdad sobre el asunto. La lectura del libro de Halperin Donghi: *Una nación para el desierto argentino* contiene elementos valiosos de análisis sobre lo que planearon Sarmiento y Alberdi para poblar el territorio casi desierto; para darle estructura económica y vida, para construir una nación. Ese período del 80 fue decisivo no sólo en la construcción de las bases materiales sino históricas, educativas y

1 8 - Los caminos de la creatividad 2

culturales del país. Tuvo errores pero también grandes méritos. En su corta vida Ponce adquirió sólo a fines de los años 20 una formación marxista, que se mezclaba con la cultura anterior.

Cuando se radicó en México tuvo oportunidad de iniciar una mejor comprensión bajo otro modelo, con una base histórico-cultural diferente y comenzó a ver más a fondo el problema nacional, como el propio Terán lo destaca. Pero al año de residir allí muere en un accidente a los 39 años. La derecha en la Argentina ha hecho mucho por sepultar su memoria. Terán la resucita, es su mérito, pero no de manera integral, y la encasilla en una comparación con Mariátegui que no es válida a nuestro juicio.

Creemos que es necesario un trabajo sobre el método histórico y comparativo. Argentina vino del barco, como se ha dicho con frecuencia. Perú, donde nació Mariátegui, y México cuna de una revolución popular, tuvieron las civilizaciones indígenas más avanzadas con los Incas, los Mayas y los Aztecas, respectivos antecesores de estos países. Argentina nació como un enclave casi despoblado para recibir la plata de Potosí y enviarla a España. Luego desarrolló características propias y entroncó con una gran inmigración que cambió su perfil. Fue el país más rico de América Latina en el período que nos ocupa. El método histórico comparativo tiene importancia pero con la condición de que se manejen con detenimiento no sólo las semejanzas entre países sino sus profundas diferencias.

José Carlos Mariátegui

En 1991 el escritor peruano Aníbal Quijano, prologó una selección de obras de José Carlos Mariátegui donde constataba que a partir del 50 aniversario de su muerte, la corriente de exégetas e interpretaciones de la vida y obra del revolucionario peruano, no dejaba de crecer. Clasifica la obra escrita de Mariátegui en dos partes: la artística literaria y la política y sociológica.

Explica que ambos ejes tienen vinculación teórica en la formación y la producción intelectual del autor. En la obra periodística continúa la indagación de la realidad social. Todo ello fue madurando al mismo tiempo que el trabajo político.

Luego de la bancarrota del socialismo real, según Quijano, es obligatorio volver a Mariátegui. Este razonamiento es el que hicimos muchos en el mundo al encontrarnos en esa encrucijada de ver la caída de lo que nos servía de sostén en una lucha mundial aunque tuviéramos en muchos aspectos nuestra disconformidad teórica o práctica. En mi caso busqué en la galería amplia del marxismo, y de marxólogos, apoyo para entretejer los agujeros de la densa trama que habíamos perdido.

No en vano volví a examinar la obra de la escuela de Francfort con Max Horkheimer y Teodoro Adorno, Herbert Marcuse, o Walter Benjamín y los referentes actuales como Jürgen Habermas. Volvimos al núcleo central de la teoría crítica de la escuela de Francfort, que acentuaba los valores culturales frente a un economicismo chato. También analicé la obra de Manuel Sacristán, que había leído antes; y a Antonio Gramsci, el gran refugio en los tiempos duros. Fue importante la relectura de los libros de George Lukács, de los primeros ensayos, o de Ernest Bloch y su utopía.

Pero fue menester volver a Mariátegui, a su obra política y también literaria. A la obra de Sánchez Vázquez. También hubo un movimiento hacia Max Weber, y hacia Pierre Bourdieu, que *no era un teórico* del marxismo pero que había investigado en otros terrenos, con orientaciones abiertas a las obras de Weber especialmente y a Emile Durkheim, pero sobre todo muy afincado en una exploración de la realidad. Por supuesto en nuestro tiempo contribuyeron a llenar vacíos Eric Hobsbawm, Ludolfo Paramio que escribió sobre la caída de los baluartes del socialismo y su relación con el marxismo. Aportes importantes para conocer nuestro mundo han sido las obras de Manuel Castells y la lectura crítica de autores como Samuel Huntington, Fukuyama y tantos otros. Muchas veces se transforman en esos maestros negativos de los que hablaba Ernesto Guevara, de quienes se puede aprender porque encontramos tantos puntos criticables que nos incitan a escribir

para refutarlos con ideas más meditadas.

Mariátegui realizó, en su tiempo, un esfuerzo para aproximarse a las corrientes filosóficas y literarias que junto con el marxismo lo ayudaron a forjar su concepción del mundo.

Destaca Aníbal Quijano que la manera eurocéntrica de la modernidad opone el logo y el mito. En Mariátegui no hay oposición, no hay reduccionismo porque utiliza diversas fuentes, como el pensamiento de Georges Sorel, creencias religiosas, anticipos de la teología de la liberación. Por momentos su pensamiento se acerca a Walter Benjamin. Influye en él la imaginación, la poderosa presencia de lo mágico de la realidad latinoamericana, lo que en la literatura de los años 50 y 60 se conoció como realismo mágico. Y todo eso pese a que Mariátegui fue acusado de europeísta. Quijano considera que el conocimiento racional del mundo no obstaculiza lo poético-mágico. La idea de totalidad histórica impide una lógica única.

Georges Sorel, del que tomó Mariátegui parte de su conceptualización, fue un teórico del anarco sindicalismo que hizo críticas a la socialdemocracia que no avanzaba al paso que le imponía la teoría y la estrategia que profesaba. Criticó el burocratismo de los sindicatos. Mariátegui comparó sus ideas con las de muchos teóricos ajenos a las corrientes socialistas. Sorel se refería al mito de la huelga general, al mito revolucionario. El mito es una figura que evoca con su imagen una energía concentrada que ayuda al avance. Es todo el aspecto simbólico que ha captado la religión y que Bourdieu ha estudiado a fondo. En *Dialéctica del iluminismo*, Horkheimer y Adorno, a fines de la Segunda Guerra Mundial, traen de nuevo a estudio la leyenda de Ulises y las sirenas. El punto de ruptura está en la *Odisea* cuando Ulises sabedor de que dejarse llevar por los cantos de sirena era mortal, les pone tapones de cera a los marineros mientras él solo se hace atar al mástil. Sufre infiernos pero se salva. ¿Es la victoria de Occidente, del logos, es decir de la razón, contra el mito, considerado irracional? El pensamiento racionalista era absoluto y optimista sobre el mundo. Eso parecía, en una mirada de superficie, la victoria definitiva de la razón sobre el mito. Lo mítico, lo simbólico continúa siempre. Bourdieu ha revalorado lo simbólico, la violencia simbólica, en algunos aspectos de su teoría, llevándolo a los problemas cotidianos.

Adolfo Sánchez Vázquez basa la grandeza de Mariátegui en la originalidad de elaborar un marxismo que corresponda a la realidad americana. Recuerda que en un tiempo las polémicas giraban alrededor del populismo de Mariátegui. Uno de los elementos de ataque ha sido su "idealismo", pero el marxismo de Mariátegui se destaca por examinar el papel de la acción de las fuerzas sociales que pueden transformar la realidad. Estudia las particularidades de esa realidad para interpretarla y transformarla. El énfasis de Mariátegui en la subjetividad, en la

acción revolucionaria, contrasta con el marxismo de la III Internacional que destaca las condiciones objetivas y su curso inexorable. Frente al fatalismo, remarca Sánchez Vázquez, Mariátegui exalta la voluntad, la fe, el ideal y el mito de la revolución.

Considera que si en su obra hay reiteradas referencias a Bergson, Unamuno y Sorel es porque esos autores le sirven como punto de apoyo para una lectura menos ortodoxa del marxismo. Escribía que el proletariado tiene un mito: la revolución social. La fuerza de los revolucionarios no es solo la ciencia, sino la fe, la pasión, la voluntad.

En 1928 publica *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lo hace a solo dos años de su muerte. Describe el predominio de la población campesina, el problema de la tierra y del indio. De los obreros que son 50.000, de los mineros que cuentan 25.000 trabajadores. La cuestión indígena no es sólo un problema étnico. Se funde con la cuestión agraria.

Prepara, al mismo tiempo, la fundación del Partido Socialista Peruano que adhiere a la III internacional y contribuye a crear la central de trabajadores peruanos. La enfermedad venía apurando y Mariátegui escribió: «Soy como una saeta que no puede morir antes de dar en el blanco» que era la organización de la central obrera. Sabía que el socialismo no debe ser calco y copia sino creación heroica. Alexander Zinoviev se refirió a Mariátegui como un creador auténtico. "El no plagia, no copia, no repite como un loro lo que dicen los europeos. Lo que crea es bien propio" (citado por Robert París).

La cronología de vida de Mariátegui es la siguiente: nace en 1894 y muere en 1930. Es decir que vivió 36 años. Entre los antecedentes muy tempranos está el periodismo. La imprenta le era familiar. Se inició llevando y trayendo piezas, luego pasó a la corrección de pruebas, más tarde fue cronista de la vida cotidiana hasta llegar a serlo del Parlamento. Por entonces participa de las corrientes artísticas de moda, surrealistas, esteticistas. Luego comienza su etapa de simpatía por el socialismo pero encarnado en la política peruana.

En 1919 viaja a Italia. Conoce las ocupaciones de fábricas, de lo que se llamaría el bienio rojo. Fue la gran época entre 1918-20 de los consejos obreros, donde se trataba de "hacer como los rusos", es decir una revolución en que Antonio Gramsci, Palmiro Togliatti y otros líderes participaron y orientaron junto con los obreros de Turín. Asiste al Congreso de Livorno en 1921 donde nace el Partido Comunista Italiano, escindido del socialismo. En 1922 presencié la marcha de Mussolini sobre Roma y el comienzo de la etapa fascista. Conoce a Benedetto Croce, gran intelectual de la época, admirado también por Gramsci quien polemizó con él en su libro *Benedetto Croce y el materialismo histórico*. Mariátegui aprenderá mucho de esa estadía. Sigue con simpatía el movimiento que se basa en Croce, pero está a su izquierda. El representan-

te del croclanismo de Izquierda, amigo y colaborador de Gramsci, aunque sin compartir todo sus planteos, es Piero Gobetti, que muere como consecuencia de una tremenda golpiza de los *escuadrists* del fascismo, cuando tenía 25 años dejando tras de sí una obra muy importante. Fue un gran talento; junto a los hermanos Roselli fundó un partido antifascista, el Partido de Acción, de orientación liberal socialista, al que perteneció Norberto Bobbio. Junto a los comunistas pelearon en la resistencia antifascista. También los hermanos Roselli fueron asesinados por Mussolini.

Los años de vuelta al Perú son muy intensos. Regresa en 1923. Entre ese año y 1924 da conferencias en la Universidad popular González Prada sobre la crisis mundial. En 1926 crea *Amauta* definida como la revista de los escritores y artistas de vanguardia de Perú y de Hispanoamérica. Luego de una labor de gran repercusión *Amauta* se define como socialista en 1928. Entre los años 1926 a 1928 trabaja con Víctor Raúl Haya de la Torre en el APRA (Alianza Popular, Revolucionaria, Antiimperialista) y se separa en cuanto el APRA se transforma en un partido peruano de tendencia populista y pequeñoburguesa. En ese mismo año impulsa la creación del Partido Socialista Peruano. En 1929 envía documentos al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana y también a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, realizada en Junio de 1929 en Buenos Aires. En esa reunión se critica la posición de Mariátegui respecto a América Latina. Corren las versiones de que era un líder populista. Se combatía contra todo lo que se apartaba de la ortodoxia trazada en el VI Congreso de la Internacional Comunista bajo la dirección de José Stalin en 1928, lo que sectarizaba el movimiento Internacional. Meses más tarde, poco antes de su muerte en 1930, el Partido Socialista Peruano se adhiere a la III Internacional. La última etapa de su quehacer imparable la hizo en silla de ruedas. Ya no caminaba. Había sido operado de ambas piernas. Sufrió, aun en esas condiciones, el atropello policial. En un allanamiento, cuenta Mariátegui con gracia que le llevaron la colección de Freud que estaba encuadrada en rojo y le dejaron la de Marx y Engels que estaba en azul.

Adolfo Sánchez Vázquez destaca en la actividad de José Carlos Mariátegui la atención a la acción de las fuerzas sociales que pueden transformar la realidad; sus preocupaciones acerca de la naturaleza de esa realidad para interpretarla y transformarla. También subraya la capacidad de analizar la subjetividad sin subjetivismo, la ciencia sin científicismo.

Frente al fatalismo Mariátegui exalta la voluntad, la fe en el ideal, el mito de la revolución. Por ello reitera referencias a pensadores idealistas como Bergson, Sorel, Unamuno. De acuerdo con su pensamiento la fuerza de los revolucionarios no está sólo en la ciencia sino en la fe, en

la pasión y la voluntad. Se refiere a la fuerza religiosa, mística, espiritual. Por ello la admiración que siente por Sorel. Se basa en la ciencia y busca la actividad pero no en un vago cientificismo; le interesa la aplicación del marxismo a la realidad social.

En 1928 cuando escribe *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* busca lo que es peculiar. Eso viene de la investigación, no de las categorías generales. Mariátegui quería que el Partido estuviera basado en masas obreras y campesinas organizadas. Además podría decir como Marx que su concepción no es una filosofía de la historia, es un gran estudio sobre la realidad de cada país.

Robert Paris ha estudiado la formación ideológica de Mariátegui (*Cuadernos de Pasado y Presente* n° 92, Siglo XXI, México, 1981). Destaca allí aquello de que el socialismo en Perú no puede ser "calco y copia, sino creación heroica".

Cuando Mariátegui se introduce en la realidad peruana, recuerda que el proletariado es extremadamente joven. Tiene preponderancia el capital primero británico y luego norteamericano. Aparte de ello recién se desprendía de sus orígenes artesanos o campesinos. En general el proletariado se pretendía apolítico.

Recibió la influencia de la Reforma Universitaria que comenzó en Argentina en 1918, del antiimperialismo del APRA, de la Revolución Rusa. También de José Ingenieros, en cuanto a la significación histórica del movimiento maximalista. Es sensible a la reacción antipositivista representada por Croce y Bergson, aunque Mariátegui no será Crociano pese a su gran admiración por el teórico italiano. A Georges Sorel lo presenta Mariátegui como continuador de Marx. También es importante la influencia de Ernest Renán. En cambio manifiesta hostilidad por las simplificaciones de Paul Lafargue, yerno de Marx, figura importante en el socialismo francés.

Robert Paris destaca que en Mariátegui todo pasa como si del mito al logos, o al racionalismo, se efectuase una comunicación permanente sin compartimentos estancos, sin fronteras. Para Mariátegui el mito está en la realidad ontológica del hombre, animal metafísico. Sin un mito no hay sentido en la vida. Eso lo comprendemos cuando se dice que el hombre es el único animal que muere por honor. Decía también que los filósofos nos aportan una verdad análoga a la de los poetas.

Por su parte Oscar Terán en *Discutir Mariátegui* (Editorial Universidad Autónoma de Puebla, ICUAP, 1985) elabora las siguientes conclusiones: la crítica que le hizo la ortodoxia del marxismo latinoamericano, satanizando al "aguilucho amauta" como se lo llamaba a Mariátegui, como nacional popular o europeísta. La fascinación por Mariátegui viene suscitada por el desprejuicio de un pensamiento antisectario. Hasta 1917 estuvo inmerso en el decadentismo finisecular, en la fe religiosa.

Mariátegui construirá su versión antirreformista del socialismo, como

18 - Los caminos de la creatividad 2

una matriz ideológica fuertemente cuestionadora del paradigma de racionalidad occidental imperante.

Para la producción de un marxismo antieconomicista Terán plantea que donde se nota el salto es en la formulación de la temática respecto del tratamiento de la cuestión nacional. El problema indígena es parte esencial para diagramar la nación y el socialismo. Hay que ver el pasado como una raíz, no como un programa. Propone fusionar lo indígena modificado con la modernidad del proletariado como fuerza rectora. Por otra parte la revista *Amauta* llama a pensar la cultura, la labor de los intelectuales.

Respecto de la actividad política, Terán señala la importancia de la ruptura con el APRA; la creación del Partido Socialista adherido a la Tercera Internacional.

Mariátegui hace un análisis marxista de la situación de Perú, con sus clases sociales y la lucha por el socialismo. No se mueve con moldes estereotipados de análisis a priori.

El mito estaba en Perú donde lo subjetivo sigue operando con fuerza. No cree en el fatalismo. Lo ayudan, en ese camino, elementos de la filosofía idealista.

Es muy significativo que desde muchos años atrás, pero en particular desde la caída del muro de Berlín en 1991, la figura de Mariátegui como la de Gramsci, que fueron tratados de heterodoxos en su tiempo, no ajustados a los reglamentos y cánones del movimiento comunista internacional, sean las que concitan mayor interés en nuestros días. Sus obras suscitan investigaciones e inspiran acciones distintas.

Uno de los rasgos de ambos ha sido la investigación histórica y concreta de sus países. El problema del indio en Perú, el problema del sur, del *Messoglorio* por Gramsci. Ninguno de los dos entró por la puerta de un marxismo mecanicista, que no fue el de los fundadores, sino que desarrollaron los aspectos de investigación material concreta que abarcaba tanto la personalidad como la investigación de conjunto. No sólo lo económico social e institucional, sino los valores, la religión, la cultura y el arte en el aspecto más general. Ambos golpearon el economicismo y tuvieron fina percepción de los problemas de la fuerza y el consenso. Abarcaron la complejidad del mundo.

Norberto Bobbio

Norberto Bobbio nació en 1910 en Turín, una ciudad industrial con una universidad de prestigio. Gramsci opina que Italia tuvo tres capitales: Roma, sede del Imperio y el Papado; Milán la ciudad comercial por excelencia y Turín ciudad industrial y universitaria, sede de un gran proletariado y estudiantes que siempre se ubicaron a la izquierda.

Su padre fue un médico cirujano de renombre, su abuelo maestro e inspector de escuelas, que publicó dos libros sobre los positivistas Roberto Ardigó y Herbert Spencer.

Norberto se nutrió de extensas y variadas lecturas. Entre ellas Balzac, Stendhal, Dostoievski, Tolstoi, Flaubert, Thomas Mann y muchos otros escritores. Forjó su antifascismo en la escuela. Participó en la resistencia a Benito Mussolini. Fue profesor universitario durante décadas. Los primeros libros que escribió son de filosofía. Tuvo ocasión de leer, después de la Segunda Guerra Mundial, un libro de Bobbio sobre existencialismo. En Derecho sus maestros fueron Thomas Hobbes y Hans Kelsen, que Bobbio destaca entre muchos autores que lo inspiraron. Militó en el Partido de Acción, liberal socialista, antifascista con los hermanos Rosselli y Piero Gobetti, todos ellos asesinados por Mussolini. El Partido de Acción y el Partido Comunista participaron en la lucha contra Mussolini y Bobbio fue amigo de muchos comunistas con los cuales, no obstante, discutió en un largo debate que duró más de 20 años. Ese debate ha sido exclusivo de Italia, entre las fuerzas antifascistas. Sus obras han sido traducidas a diecinueve lenguas.

En su autobiografía (*Norberto Bobbio*, Edición Alberto Papuzzi, prólogo de Gregorio Peces-Barba, Taurus, Madrid, 1998) hace notar que su autorretrato podría comenzar refiriéndose a la fragilidad y la vulnerabilidad de sus nervios. A las dudas sobre sí mismo, al descontento sobre los logros alcanzados.

Muchos testimonios explican que a Bobbio le son propios la curiosidad de saber -siempre insaciable-, la moderación en los juicios, el rechazo de los arrogantes, de los seguros de sí mismos, de los partidarios de la confrontación sin sentido. Se considera hombre de diálogo, que como ha estado en paz consigo mismo, pretende estarlo con los demás. No es pesimista. Ser optimista en bloque equivale al rechazo a pensar por temor a las conclusiones a las que se puede llegar. En un intercambio epistolar con Perry Anderson señala que prefiere las virtudes del laico: rigor crítico, duda metódica, moderación, no prevaricar, tolerancia, respeto por las ideas ajenas.

Bobbio no se inclina por la imagen del pez en la red, de la mosca en la botella. Prefiere la del laberinto. Es que el laberinto requiere pacien-

cia, memoria, razonamiento constante, templanza, capacidad de avanzar sin retroceder, agudeza para no cometer los mismos errores. Utilización constante del hilo del propio razonamiento, aún en circunstancias difíciles. Es curioso que frente a la imagen de la contradicción, de los polos, de la resolución en una síntesis, muchos intelectuales han razonado según la espiral que siempre trae lo nuevo en sus volteretas, pero además en el laberinto. Sobre su significado para los antiguos y para nosotros conviene leer a Jacques Attali, personalidad francesa de renombre, que ha escrito un libro sobre el tema. En Bobbio tiene también el significado de que no todo es recto y de que -como decía Marx- triunfa aquel que no se cansa de trepar por sendas difíciles y caminos pedregosos.

En 1933 se gradúa con una tesis acerca de la fenomenología de Husserl. Un año antes había viajado a Alemania con Renato Treves y Ludovico Geymonat. En Colonia conoce a Hans Kelsen que tendría mucha importancia en su orientación posterior. Refiriéndose a su actuación política Bobbio declara que es propio de su condición no radicalizar los enfrentamientos, no exagerar los contrastes, ver la parte de razón que pueden tener las personas con ideas distintas a las de él. Por ello ha tenido diálogos civilizados con comunistas y católicos. A propósito de eso, relata que en una parada del subterráneo de Nueva York encontró una inscripción: «Dios es la respuesta». Al día siguiente apareció otra: «¿Cuál es la pregunta?»

Hemos señalado que tuvo un respeto profundo por Hans Kelsen y Thomas Hobbes, pero también por Joseph Schumpeter, Karl Popper y Piero Gobetti.

En 1977 Bobbio tiene ocasión de discutir los temas del Estado en una reunión de marxistas europeos realizada en Venecia donde sostuvo que al marxismo le faltaba una doctrina actual del Estado. Esa reunión fue histórica porque supuso un reconocimiento de la crisis del marxismo por parte de Louis Althusser y Lucio Colletti uno de los filósofos más importantes del marxismo en Italia, que perteneció a la escuela de Galvano Della Volpe.

¿Qué es socialismo?

¿Qué Socialismo? (Plaza & Janés, Barcelona, 1976) es el libro donde recoge su polémica de dos décadas sobre temas esenciales con la plana mayor del Partido Comunista Italiano. Algunas de las conclusiones las sintetizó de manera positiva en dicha obra.

Sobre *¿Qué socialismo?* conviene seguir su argumentación. Explica que los marxistas lo consideran un ecléctico. Pero él se asume como un empirista, un animal filosófico raro en su país. Se refiere a que el empi-

rista parte de la realidad, del estudio de la misma, de manera cuantitativa y cualitativa para luego elevarse a las conclusiones.

No pretende discutir el marxismo desde sus fundamentos porque se trata de una teoría de importancia indudable en la historia. Lo que propone es, a través de una elaboración muy ardua, muy precisa, desentrañar lo caduco para que quede lo vital.

Se dedica al tema del Estado. El marxismo teorizó sobre la destrucción del Estado. Lo hizo luego de la Comuna de París, la famosa revolución frustrada de 1871 en que los obreros parisinos y sus aliados pretendieron tomar el cielo por asalto. Opina que eso quedó superado porque el poder del Estado persiste. Afirma, siguiendo a Lucio Colletti, que no se puede escindir socialismo y democracia. Convocaba en su apoyo a Enrico Berlinguer, y a Pietro Ingrao, ambos dirigentes comunistas. Luego encara lo que él considera un uso antimarxista de Marx. Se refiere a la metodología, errónea para él, de querer encontrar respuestas concretas en los textos del gran teórico alemán, un siglo después.

Bobbio cree válida la doctrina del Estado como instrumento de dominio pero rechaza la teoría de la dictadura del proletariado. El atraso en cuanto al Estado, comenta, proviene de la inexistencia de una teoría de la democracia socialista frente a la democracia burguesa. Se refiere luego al trabajo del yugoslavo Djilas sobre la "nueva clase" en el socialismo a la que luego se denominó la *nomenklatura*.

El otro problema planteado por el marxismo, expresa Bobbio, es que el Estado tiende a la extinción en el socialismo. Es otra tesis que, a su criterio, no se ha cumplido. Considera nocivo no haber definido el tema del Estado porque después de la toma del poder y la instalación del nuevo Estado en la URSS se forjó una alianza inconveniente de Partido-Estado que no permitió la democracia y la participación de la gente en la sociedad civil. Señala que en el marxismo hay vitalidad y disputas escolásticas y coincide con Humberto Cerroni, otro comunista, en la insuficiencia de la teoría política marxista. Describe que los marxistas se han dividido en marxistas estructuralistas, historicistas, de la escuela de Budapest y otras. Critica que siempre se acuda a citas. Eso libera de la tarea de pensar. Hay que referirse, añade, a las instituciones reales y su análisis. Si uno se basa siempre en el principio de autoridad, se debilita el espíritu crítico y si no se recupera el espíritu democrático, las reglas elementales del juego, las cosas irían mal. Era para él una cuestión de vida o muerte y la historia le ha dado la razón.

Otra observación que hace Bobbio es que los marxistas tienden a leer los mismos libros. A veces muy viejos. El que lee y relee siempre los mismos libros adquiere seguridad pero se retrasa en el conocimiento y tiende a anquilosarse.

Afirma que no existen alternativas a la democracia representativa. De manera restringida y sin adjetivos se entiende por democracia un

conjunto de reglas de juego. La amplia participación de la mayoría de los ciudadanos, en forma directa o indirecta, en las decisiones políticas. Las reglas son: los ciudadanos mayores de edad deben tener derechos políticos; el voto de los ciudadanos tiene el mismo peso; el votante es libre de votar por las agrupaciones que prefiera; vale el principio de mayoría numérica; la minoría no debe ser afectada. Con el tiempo puede constituirse en mayoría. Bobbio agrega que sería mejor la democracia directa, del ágora, pero es para pequeños Estados. La democracia de asamblea por aclamación no es segura. Considera esencial aquellos procedimientos de la democracia, como reglas elementales que los marxistas han denominado reglas formales remarcando que lo verdadero es la democracia profunda, esencial, social, de participación en ese último plano. Hoy se ha demostrado que necesitamos de ambas: de la formal y la sustancial. En cuanto a la directa hay que decir que no es privativa ya del ágora ateniense. Cuando hay crisis de representación, cuando los partidos políticos no expresan la voluntad de las bases, se pasa a la democracia directa, como ha sucedido entre nosotros con las movilizaciones y los cacerolazos. Hoy día en escala menor son frecuentes los referéndum. Bobbio ha criticado las vinculaciones de los partidos políticos con las multinacionales, las alteraciones que sufren las reglas con el dominio de los medios de comunicación por una minoría, lo que agrupa en un título de una explicación bajo la designación "De los deberes incumplidos de la democracia".

Hay que cuidarse, agrega, de la burocracia y la tecnocracia. En el Estado moderno todo se resuelve con el crecimiento del aparato burocrático, de la tecnocracia. Son estructuras jerárquicas no democráticas. El poder es descendente y no ascendente. La tecnocracia es indispensable pero hay que circunscribir su poder. Los clásicos del marxismo han señalado estos aspectos. Max Weber ha sido un tratadista profundo del tema que consideraba que la burocracia tiene el monopolio del saber y el poder. Aquí surge un problema: ¿qué le oponemos a esa democracia infiltrada por la burocracia y la tecnocracia? ¿La dictadura de clase? El opina que la socialdemocracia no disoció democracia y socialismo. Tampoco los clásicos, ni Lenin, desde ese punto de vista. Algunos dicen: "desarrollemos la democracia si se quiere el socialismo"; otros "desarrollemos el socialismo y vendrá la democracia".

Considera que el concepto de democracia no puede ser estirado o contraído a voluntad. Significa el gobierno de todos, de muchos, de la mayoría. No se puede resolver la dificultad real con una cita. Sostuvo siempre que había grandes obstáculos en el socialismo real. Lukács, en los últimos años ha tratado el tema, sin llegar a una conclusión segura.

Bobbio y el debate de la izquierda Italiana

Alfonso Ruiz Miguel en un trabajo realizado para la Fundación Ebert (Madrid, 1979) ilumina algunos aspectos de 20 años de polémica acerca de los temas que nos ocupan.

Dice el autor que la labor de Bobbio debe encararse como la influencia que ejerce la cultura sobre la política. Bobbio entiende el problema de la democracia formal y la sustancial, imbricada con la pacificación y la cooperación. Había en Italia el antecedente de los trabajos al respecto de Benedetto Croce. Pero también influencias notables como la de Piero Gobetti, un liberal radical que estuvo muy cerca de Gramsci. En ese trabajo de acercar posiciones participó Eugenio Garin, que provenía de la experiencia crociana, aunque hacia la izquierda de ese pensador.

Ante la división de los bloques políticos, Bobbio asume en Italia la tarea del intelectual mediador. Es el hombre puente. Un estudioso muy ligado a los hechos; moderado, antidogmático, desarrolla la función de mediador, de sembrador de dudas frente a las formulaciones enfáticas de partido. Tiene la conciencia de que no se vive solo de pan y que hay que participar en condiciones de libertad e igualdad en el debate de ideas. Necesita, es su método, iluminar el debate mediante el análisis de los términos en que se desarrolla. Considera que el marxismo es un fruto de Occidente, del racionalismo iluminista.

Cuando llama al diálogo en Italia, los liberales no quieren participar y aceptan los intelectuales comunistas. Bobbio se esfuerza en traer a la escena las ideas liberales para mostrarlas y analizarlas, en ausencia de los intelectuales del sector; este intercambio de ideas entre él y los comunistas funciona como un debate interno en la izquierda italiana.

Tiene un tema del que no se desprende. Es el de la libertad. Sin ella, afirma, las cosas importantes se revelan como secundarias y las cosas buenas se vuelven tristes. En varias de las discusiones esclarece los sentidos del término dictadura: como dominio de una clase sobre otra; como forma de gobierno.

Según él, la dictadura del proletariado no debía desarrollarse en la forma como una dictadura porque de lo contrario sería una dictadura-dictadura. Es decir por el contenido y la forma. Para él la libertad es la de no impedimento. No estuvo de acuerdo con mantener una dictadura incluso formal, de gobierno, hablando al mismo tiempo de la extinción del Estado prefijado en el fin de los tiempos. Es decir que se enfatizaba que el Estado iba a desaparecer y la dictadura también, mientras se reforzaba el poder de represión en el presente. El alegaba que la teoría marxista se ocupaba detalladamente de la toma del poder pero dejaba en la nebulosa cómo se mantenía, cómo pasaban muchas funciones a la sociedad civil.

Aclara en sus libros que él no perteneció al comunismo, pero jamás

estuvo de acuerdo con la caza de brujas, jamás fue anticomunista y afirma haber aprendido mucho del marxismo. Escribió en *Política y Poder*. "Estoy convencido de que si no hubiéramos aprendido del marxismo a ver la historia desde el punto de vista de los oprimidos, ganando una nueva e inmensa perspectiva, no nos habríamos salvado". (Citado por Alfonso Ruíz Miguel, página 20.)

Norberto Bobbio ha ejercido la docencia universitaria entre 1935 y 1984. Primero enseñó filosofía del derecho y luego filosofía política. Si bien tuvo una participación en política, fue nombrado senador vitalicio y hasta participó como candidato a Presidente, contra su voluntad, se dedicó durante toda su vida al estudio, la investigación y la enseñanza. Pero siempre estuvo comprometido con la cosa pública. En los finales del siglo XX es el intelectual italiano más conocido tanto en Italia como en el mundo.

En cuanto a su metodología de estudio, digamos que sus fuentes son plurales, que hay método de fichaje riguroso, de monografía universitaria, pero quizás el centro de su formación está en el diálogo, en el análisis de los problemas que le fueron contemporáneos, en el ejercicio de la cátedra, en la escritura en todo momento. Remarcó los peligros de no analizar los acontecimientos. De moverse siempre en las mismas aguas. Alguna vez se comparó la estatua de Palas Atenea iluminada por los últimos rayos solares como el símbolo de la cultura estática, mientras don Quijote cabalgando era el símbolo de la cultura dinámica. No es la imagen justa para Bobbio que aunque cabalgó siempre, tuvo una forma razonada de influir en una etapa histórica en que el mundo parece haber extremado los conflictos. Luego de la caída del muro de Berlín, que muchos consideraron la tumba de la izquierda, Bobbio encaró un arduo debate sosteniendo que la izquierda siempre existió y seguirá su camino. Hay globalización y exclusión, hay luchas muy intensas. Existe la realidad de una izquierda más amplia que se extenderá en el futuro. A sus casi 90 años en que encaró ese debate, supo demostrar que su barca seguía navegando en la tormenta sin arriar bandera.

Indice

A modo de prólogo.....	7
Leer y escribir.....	11
Un florentino, retrato de Maquiavelo.....	21
Alexis de Tocqueville.....	27
Hegel y el dogmatismo.....	35
Stendhal.....	39
Stephan Zweig.....	45
Aníbal Ponce.....	51
José Carlos Mariátegui.....	57
Norberto Bobbio.....	63

Los Libros de Tesis 11

- **URSS/Comunidad de Estados Independientes ¿Hacia dónde?** A. Borón - G. Paz - I. Gilbert - L. Rotzichtner
- **La Revolución de Octubre sin mitos**
- **Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo.** Carlos Astarita
- **Gramsci. Estudios periodísticos de L'Ordine Nuovo**
- **Acción psicológica, praxis política y menemismo.** Francisco Linares
- **N. Jruschov. Revelaciones. Selección de testimonios**
- **China. El ideograma socialista.** Norberto Vilar.
- **Repensando el socialismo. Enfoques a partir de un caso puntual: Checoslovaquia.** Jorge Bergstein
- **¿Qué ha muerto y qué sigue vivo en el marxismo?** Adam Schaff
- **A pesar de todo. Una mirada crítica desde la izquierda.** Juan Gervasio Paz
- **Un Nuevo Programa Económico de Cambio Social.** Paul Boceará y Carlos Mendoza.
- **El Porvenir del Socialismo. A 150 años del Manifiesto Comunista.** Alberto Kohen.
- **Filosofía, praxis y socialismo.** Adolfo Sánchez Vázquez
- **Autoritarismo, personalidad y los naufragios de la izquierda.** Francisco Berdichevsky Linares
- **Educación, Ciudadanía y Democracia.** Flora M- Hillert
- **España, la guerra civil y los silencios.** Alberto C. Portas Gómez.
- **La economía postmenemista.** Naúm Minsburg.
- **Entre Narciso y Prometeo.** Juan Gervasio Paz.
- **Los caminos de la creatividad (I). Leer, investigar, escribir.** Mauricio Lebedinsky.
- **El Manifiesto Comunista. Su actualidad.** Eric Hobsbawm - Michael Lówy - Rossana Rossanda.
- **Vida, Pasión y Testimonio.** Jorge Bergstein.
- **Los caminos de la creatividad (II). Leer, investigar, escribir.** Mauricio Lebedinsky.
- **Construyendo poder.** Coordinador: Carlos Mendoza.

Los Cuadernos de Tesis 11

- **LOS NUEVOS METODOS DE GESTION PARTICIPATIVA EN EL CAPITALISMO**
- Mauricio Balestra
- **LOS LIMITES TEORICOS DEL CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD
AUTOGESTIONARIA** - Carlos Mendoza
- **REFERENTES CONFLICTUALES DE LA REFORMA CUBANA** - Gilberto Valdés
Gutiérrez
- **LOS DESAFIOS DEL FUTURO. TRABAJO Y POLITICA** - C. Mendoza - J. M. Lanao
- M. Balestra - F. Berdichevsky Linares - L. E. Córdoba

El año pasado *Tesis 11* editó el libro del autor *Los caminos de la creatividad (I)*, cuyo subtítulo es *Leer, investigar, escribir*. Tuvo lectores interesados en su temática y tratamiento.

El libro actual cumple con la promesa de avanzar en la metodología de pensamiento y del estudio de autores, que ha recorrido con detenimiento. El eje central es la relación entre lectura, investigación y escritura. Refiriéndose esencialmente, a las cuestiones relacionadas con el proceso de la creación literaria, y en especial, respecto a las obras que han perdurado, mostrando tanto en el libro anterior y en éste, que los caminos del método son diversos y que uno puede aprender de todos.

- 1 Leer y escribir
- 2 Nicolás Maquiavelo
- 3 Alexis de Tocqueville
- 4 Guillermo Federico Hegel
- 5 Stendhal
- 6 Stephan Zweig
- 7 Aníbal Ponce
- 8 José Carlos Mariátegui
- 9 Norberto Bobbio

